



Año IX

Núm. XCJ



Revista de

Extremadura

CIENCIA Y ARTE

ORGANO DE LAS COMISIONES
DE MONUMENTOS DE LAS DOS
PROVINCIAS

Cáceres.—Enero.—1907.

SUMARIO

	Páginas.
PUBLIO HURTADO.—Redentora	1
DANIEL BERJANO.—El arte en Cáceres durante el siglo XVI. II.	26
MANUEL MONTERREY.—Cantos de la Amada. I. Al amor de la lumbre	34.
C. DEL C.—Diplomática regional. Carta privilegiada dada á la ciu- dad de Llerena por el Maestre D. Lorenzo Suárez de Figueroa, copiada por	35
ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO.—Poetas lusitanos. Sonetos de Anthero de Quental, traducidos por	38
ANTÓFILO.—Crónica regional	41
PIN Y SOLER.—Honrando á Extremadura, (traducido de su obra <i>Orient</i>)	45
D. B.—Notas bibliográficas: (Aguas potables, por Santiago Alonso Garrote; Ate- neo, revista, homenaje á Menéndez y Pelayo; Enciclopedia ilustrada Seguí, diccionario) .	46

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

- Sr. D. J. P. S. Madrid.—Pagada suscripción 1906.
 Sr. D. P. H.—Madrid.—Idem 1907.
 Sr. D. J. T.—San Sebastián.—Idem id.
 Sr. M. de la E.—Almendralejo.—Idem id.
 Sr. D. B. P.—Badajoz.—Idem id.
 Sr. D. G. T.—Montánchez.—Idem id.
 Sr. D. L. F. de C.—Azuaga.—Idem id.
 Sr. D. F. G. M.—Llerena.—Idem id.
 Sr. D. M. P. G.—Malpartida de Plasencia.—Idem id.
 Sr. D. J. F. D.—Olivenza.—Idem id.
 Sr. D. J. V. de P.—Salamanca.—Idem 1907 y 1908.

Rogamos á los suscritores de fuera de esta provincia, que no hayan abo-
nado el año corriente ó tengan pendiente aún el pago de alguno de los ante-
riores, nos envíen su importe, bien en libranzas para la Prensa, que halla-
rán en cualquiera de las Expendedurias de Rentas estancadas ó en sellos
de correo de 15 céntimos, para la mejor marcha de esta Administración.

LA EXTREMEÑA

FÁBRICA DE BEBIDAS GASEOSAS

La más antigua de Extremadura

DE

JOAQUÍN CASTEL (Farmacéutico).

Plaza de la Constitución, 37.—Cáceres

Lo mismo en la fabrica que en los depósitos que tiene en los pueblos en un
radio de 30 kilómetros, se siguen expendiendo las bebidas que elabora, tan co-
munes á los consumidores, á los precios de costumbre.

REVISTA DE EXTREMADURA

REPUBLICA DE ESTADOS UNIDOS

REVISTA
DE
EXTREMADURA

Órgano de las Comisiones de Monumentos de las dos provincias.

HISTORIA — CIENCIAS — ARTES — LITERATURA

TOMO IX—1907

CÁCERES

TIPOGRAFÍA, ENCUADERNACIÓN Y LIBRERÍA DE L. JIMÉNEZ.

19 — Portal Llano — 19.

REVISTA

EXTRAMADURA

Órgano de las Comisiones de Monumentos de las dos provincias.

HISTORIA — CIENCIAS — ARTES — LITERATURA

TOMO IX — 1907

ALVARO

Impreso en la imprenta de la Compañía de Seguros de San Sebastián.

En el número 1.º de 1907.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Páginas.
Bellas Artes.	
EL ARTE EN CÁCERES DURANTE EL SIGLO XVI-II, por Daniel Berjano	26 y 75
SANTIAGO, por Publio Hurtado.....	433 y 481
Folk-lore.	
APUNTES PARA EL FOLK-LORE BÉTICO-EXTREMEÑO, por José Nogales	145
PADRINO YA PARECIÓ AQUELLO, por R. García-Plata de Osma. .	175
LOS SANCHICOS DE ALCUÉSCAR, por R. García-Plata de Osma.....	350 y 394
Historia y Arqueología.	
DIPLOMÁTICA REGIONAL: Carta privilegiada dada á la Ciudad de Llerena por el Maestre D. Lorenzo Suarez de Figueroa... .	35
IDEM: R. C. estableciendo Jueces letrados en las tierras de la Orden de Alcántara.....	89
IDEM: Confirmaciones del Privilegio dado por D. Juan II á la villa de Alcántara en 1432, copiado por J. Sanguino.	305
HERVÁS, por Vicente Paredes.	97 y 168
UN EXTREMEÑO DISTINGUIDO, por R. de L.	185
PAPELES INÉDITOS, por D. B.	241
NOTÍCIAS PLACENTINAS DEL SIGLO XVIII, por Vicente Paredes.	295
EL TEMPLO DE SANTA EULALIA DE MÉRIDA, por el Marqués de Monsalud.....	337
DOS INSCRIPCIONES DE ALDEHUELA, por Juan Sanguino.....	326
LOS ZÚÑIGAS, SEÑORES DE PLASENCIA, por Vicente Paredes	365, 414, 448, 493 y 556

MEDALLA batida por la villa de Alcántara, en honor del Coronel Maine, por Antonio Azuar	410
UNA CARTA DE FREY NICOLÁS DE OVANDO, por E. de E.	469

LITERATURA: Novelas y Cuentos.

REDENTORA, por Publio Hurtado	I
TROPEZANDO Y CAYENDO, por Diego M. ^a Crehuet	49
GILETTA DE NARBONA, traducción de Bocacio, por X.	119
LOS PENITENTES DE CUBILLANA, por Publio Hurtado	209 y 273
EL BESO DE LA WILLIS, por Juan Francisco Cortés	319
UNA GUARDIA CON FORTUNA, por Manuel Rodríguez y Ramas	513

Poesías.

CANTOS DE LA AMADA. Al amor de la lumbre, por Manuel Monterrey.	34
POETAS LUSITANOS.—SONETOS DE ANTERO DE QUENTAL, traducidos por Andrés González-Blanco	38
«SAN BENITO» DE ALCÁNTARA, por Lorenzo López Cruz	69
AL PIE DE LA REJA: EN LA CALLE DE SOLANA, por Luis Grande Baudessón	84
POETAS PLACENTINOS CONTEMPORÁNEOS DE LOPE DE VEGA: Versos inéditos de A. Azebedo y Poesías á lo divino de Fray A. Hinojosa de Carvajal, por D. B.	107
CANTO AL AMOR, por Juan Pérez de Sotomayor	133
POEMAS DE PROVINCIA, por Andrés González-Blanco	138
CANTARES, por Narciso Díaz de Escovar	139 y 402
CELAJES, por Nicolás Pérez Giménez	140
INVITACIÓN AL BAILE, por Andrés González-Blanco	183
CASO DE AMOR, por Juan Pérez Sotomayor	187
AUSENCIA, por Narciso Escovar	208
PAPELES INÉDITOS: (Epitafio, Romances, etc.), copiados por Daniel Berjano	241
LA VUELTA, por Miguel Sánchez Pesquera	293
¡. . . . ! por Ana Lon de Blanco	303
MARÍA, por Alberto H. Galán	323
POEMAS CORTOS, por Miguel Sánchez Pesquera	349
MODESTIA, VIRTUD Y AMOR, por Alberto H. Galán	409
LA VIDA, por Aquileo F. Echevarría	512
IN MEMORIAM, por José Luís Gómez	522

GUITARREOS POPULARES, por R. García-Plata de Osma	523
NOCHES DE PRIMAVERA, por Narciso Díaz de Escovar	555

Medicina.

EL PALUDISMO, por Dr. Gustavo Pittaluga	529
---	-----

Sociología.

ESTADO DE LA PROPIEDAD INMUEBLE EN EL DISTRITO HIPOTECARIO DE CÁCERES, por Daniel Berjano	193
JOYAS PERDIDAS: D. Julián de Luna y de la Peña: su «Tratado de la Felicidad», por Mario Roso de Luna	256, 359 y 403
MITOS ESPAÑOLES: La oreja del Diablo, por Mario Roso de Luna.	385
SOBRE EL PROBLEMA DE LAS AGUAS DE EXTREMADURA, por Mario Roso de Luna,	457
EL PROBLEMA AGRARIO EN LA ALTA EXTREMADURA, por Daniel Berjano	502 y 543
LA CAJA RURAL DE VILAFRANCA Y EL CRÉDITO AGRÍCOLA EXTREMEÑO, por Mario Roso de Luna	567

Varios.

HONRANDO A EXTREMADURA, por Pin y Soler	45
SEMANA SANTA, por Feliciano de Castilho	125
MEMORANDUM, por D. B.	136
EXPEDICIÓN GEOLÓGICA A LANZAROTE Y A LAS ISLETAS CANARIAS, por J. S	375
COMISIONES DE MONUMENTOS: Cáceres, (actas) por Juan Sanguino	324 y 463
LISTA DE LOS OBJETOS ENTREGADOS POR EL INSTITUTO GENERAL Y TÉCNICO A LA COMISIÓN DE MONUMENTOS	325

Crónica regional.

ENERO, por Antófilo	41
FEBRERO Y MARZO, por Cálamo-Currente	49 y 141
ABRIL, por X.	188
MAYO, JUNIO, JULIO, AGOSTO Y SEPTIEMBRE, por un Cacerense	236, 329, 377 y 426
OCTUBRE, NOVIEMBRE Y DICIEMBRE, por Cálamo-Currente.	475 525 y 570
NOTAS BIBLIOGRÁFICAS	46, 94, 143, 191, 238, 333, 379, 428, 479, 528 y 573.

ÍNDICE DE AUTORES POR ORDEN ALFABETICO

	Páginas.
A NTÓFILO.—Crónica regional, Enero	41
A ZUAR (ANTONIO).—Medalla batida por la villa de Alcántara en honor del Coronel Maine.	410
B ERJANO (DANIEL).—El arte en Cáceres durante el siglo XVI-II.	26 y 75
Estado de la propiedad inmueble en el distrito hipotecario de Cáceres.	193
El problema agrario en la alta Extremadura	502 y 543
C ALAMO-CURRENTE.—Crónica regional: Febrero, Marzo, Octubre, Noviembre y Diciembre.	49, 141, 475, 525 y 570
C. DEL C.—Diplomática regional	35
C REHUET (DIEGO MARÍA).—Tropezando y Cayendo.	49
C ORTÉS (JUAN FRANCISCO).—El beso de la Willis	319
D ÍAZ DE ESCOVAR (NARCISO).—Cantares	139, 402 y 472
Noches de primavera	555
Ausencia	208
D. B.—Notas bibliográficas.	46, 96, 143 y 573
Poetas placentinos contemporáneos de Lope de Vega.	107
Memorándum.	136
Papeles inéditos, petición para la Academia primera de 1650.	241
E DE E.—Una carta de Frey Dr. Nicolás de Ovando	469
F. ECHEVERRÍA (AQUILEO).—La vida	512
F ELICIANO DE CASTILHO (ANTONIO).—Semana Santa	125
G ARCÍA-PLATA DE OSMA.—¡Padrino, ya pareció aquello!	175
Los Sanchicos de Alcuéscar.	350 y 394
Guitarreos populares	523
G ÓMEZ (JOSÉ LUIS).—In memoriam	522
G ONZÁLEZ-BLANCO (ANDRÉS).—Poetas lusitanos: Sonetos de Anthero de Quental.	38
Poemas de provincia	138
Invitación al baile.	183

GRANDE BAUDESSÓN (LUÍS).—Al pié de la reja: En la calle de Solana	84
G. P.—Notas bibliográficas	94 y 338
H. GALÁN (ALBERTO).—María	323
Modestia, virtud y amor	409
HURTADO (PUBLIO).—Redentora	I
Los penitentes de Cubillana	209 y 273
Santiago	433 y 481
LÓPEZ CRUZ (LORENZO).—«San Benito» de Alcántara	69
LON DE BLANCO (ANA).—¡.....!	303
MONSALUD (MARQUÉS DE).—El templo de Santa Eulalia en Mérida.	337
MONTERREY (MANUEL).—Cantos de la amada	34
NOGALES (JOSÉ).—Apuntes para el Folk-lore Bético-Extremeño.	145
PAREDES (VICENTE).—Hervás	97 y 168
Noticias placentinas del siglo XVIII.....	295
Los Zúñigas, Señores de Plasencia. 365, 414, 448, 493 y 556.	
PÉREZ JIMÉNEZ (NICOLÁS).—Celajes.....	140
PÉREZ SOTOMAYOR (JUAN).—Canto al amor	187
PITTALUGA (DR. GUSTAVO).—El Paludismo.....	529
PIN Y SOLER.—Honrando á Extremadura.....	45
ROSO DE LUNA (MARIO) —Joyas perdidas: D. Julián de Luna y de Peña. Su «Tratado de la Felicidad»	256, 359 y 403
Mitos españoles: La oreja del Diablo.	385
Sobre el problema de las aguas de Extremadura	457
La Caja rural de Villafranca y el Crédito Agrícola Extremeño ..	567
R. DE L.—Un extremeño distinguido.....	185
RODRÍGUEZ RAMAS (MANUEL).—Una guardia con fortuna	513
SANGUINO (JUAN).—Diplomática regional: Confirmaciones del Privilegio dado por Juan II á la villa de Alcántara en 1432	305
Comisiones de Monumentos.—Cáceres: acta	324 y 473
Dos inscripciones de Aldehuela	326
Lista de objetos entregados por el Instituto á la Comisión de Monumentos.....	325

ERRATAS

Pág. 501, lín. 3. (Véase *Nota para el que leyere*, pág. 566).

Pág. 573, lín. 3: Umoín Broethys Limited; léase, *Unwin Brothers, Limited*.

Pág. 373, lín. 27: si fracasa; léase, *francesa*.

Pág. 573, líns. 29 y 30: extranjeros estudios; léase, *extranjeros, por estudios*.

Pág. 575, lín. 22: Enclides; la obra de Enclides; léase, *Euclides; la obra de Euclides*.

Pág. 551, lín. 31, dice: 18.011.000; léase, *1.801.100*.

Pág. 571, lín. 5: instruirlos; léase *los instruidos*.

ÍNDICE

1. Introducción 1

2. Metodología 2

3. Resultados 3

4. Conclusiones 4

5. Bibliografía 5

6. Anexos 6

REDENTORA

Á KALL D'ERON.

*Amigo Asensio: A Ud. que tanto gusta oír
anécdotas é historietas de nuestro pueblo, ofrec-
co la presente entre verídica y novelesca.*

*Celebrará que lo entretenga agradablemente
un rato, su afectísimo*

EL AUTOR

I



ERÍAN próximamente las cuatro y media de la tarde del primer día de Carnestolendas del año nefasto de 1808, cuando una numerosa estudiantina, al compás de un alegre paso doble ejecutado en flautas, bandurrias, guitarras y panderetas, desembocaba por la calle de Pintores en la Plaza Mayor de la villa de Cáceres, regocijando á los transeuntes y á los curiosos de ambos sexos, que ya ejercitando derechos de *alegrías*, ya á expresa invitación de los dueños de las casas de sitio tan céntrico y pasajero, llenaban puertas, balcones y ventanas, á *ver las máscaras* y á comer los clásicos coquillos, cuya no muy fácil digestión se ayudaba con sendas copas de anisete ó hipocrás, licores de confección casera, suaves y gratos al paladar é indispensables en tales días para agasajar á los invitados.

En la parte de arriba de la Plaza y frente á las antiguas Casas del Concejo, una *troupe* de payasos y volatineros entretenía á la sazón con bufonadas y cabriolas á un concurso numeroso que formaba en torno de ellos enorme rueda, rueda que iban reforzando paulatinamente moros, cautivas, jardineras, médicos del agua y otros inclasificables moharrachos, que ya emparejados, ya en embarulladas com-

parsas, empezaban á afluir por unas y otras calles al centro de la villa, desde que había terminado la plática de las Cuarenta Horas en la parroquia de San Mateo, atronando el espacio con gritos y chanzonetas.

La tarde no podía alardear de mayor esplendidez y hermosura; tarde de primavera que incitaba á toda clase de expansiones. El cielo se ostentaba tan despejado y trasparente, como debió estarlo en el primer día de su creación; el sol, que declinaba, sonreía; la temperatura era tibia y plácida, y el ambiente había empapado sus alas invisibles en aliento de jacintos y alhelíes.

El público, de todas clases y condiciones, sugestionado por los advenedizos saltimbanquis, celebraba con repiqueteo de interjecciones, de risotadas y cuchufletas, las volteretas de los acróbatas y las contorsiones grotescas de los embadurnados *clowns*, cuando la llegada marcial y desenvuelta de la *tuna* atrajo hacia ésta la atención de los espectadores de gusto más refinado, que preferían los donaires de las musas á las truhanescas y barrocas gracias de Momo.

—¡Alto aquí!—dijo uno de los de la comparsa, enarbolando una vistosa pandereta engalanada con tantos lazos como sonajas, á poco de haber entrado en la Plaza Mayor, junto á los portales de la banda noroeste de ella.

Y la alegre cuadrilla se detuvo debajo de los balcones de la casa del comerciante D. Joaquín Samaniego, en los que se apiñaban como en viviente ramillete, jóvenes señoritas de agraciado palmito, entre las que descollaba, como luna entre miriadas de estrellas, Luisa Ramírez, hermosísima rubia de poco más de veinte primaveras, de formas contorneadas y llenas, sin menoscabo de la esbeltez, vestida de negro, sobre cuyo color destacábanse admirablemente el blanco sonrosado de su cutis y el áureo matiz de sus cabellos, recogidos sobre el coronal con otra cinta de luto, y sobre cuyas albas sienes temblaban al menor movimiento grupos de ricillos perfumados y coquetones.

Al detenerse los escolares—que contra costumbre usaban medios antifaces—calló el paso doble, y después de afinar un poco los instrumentos de cuerda, preludiaron una jota. Los flautistas cesaron de tañer, y uniendo sus voces á los de las panderetas, entonaron esta jácara de Quevedo, con estrambote de Tirso, amoldados á las circunstancias, indudablemente, por alguno de los ejecutantes:

Todo este mundo es prisiones:

la troj es carcel del pan,
la cuba es carcel del vino,
y la espina del rosal.

Preso está el oro en la mina,
preso el diamante en Ceilán,
y en tu hermosura y donaire
presa está mi voluntad.

Pues eres tan bella
como un serafín:
labios de amapola,
pechos de jazmín,
carrillos de rosa,
hebras de alhelí,
dientes de piñones
y aliento de anís.

Terminadas las coplas, volvieron á sonar, ejecutando la coda, flautas y panderetas, estas sacudidas á veces sobre los moños y narices de las farotas, zangarullones y picaños, que habían circuido á los manteistas, á cuyos achuchones respondían los agraciados con dicharachos de color subido, si bien no foscos ni pendencieros.

Durante este aliciente filarmónico, en la parte de la circunferencia humana más próxima al *Atrio del Corregidor*, formada por la muchedumbre de baja estofa, que disfrutaba boquiabierta y caririsueña de las habilidades de los titiriteros, se produjo un movimiento súbito y desordenado, que puso en precipitada fuga á los curiosos de aquella banda.

Un murmullo sordo, como el del oleaje de un mar picado, acompañó á aquella deserción inusitada, murmullo y rompanfilas que extendiéndose á un lado y otro del punto en que se había iniciado, fué afufando con pasmosa rapidez á los entretenidos plebeyos que se solazaban con los diálogos chocarreros é inverosímiles tamboretazos de los payasos.

¿Cuál era la causa del desorden? ¿La *mala vaquilla*, que con cabeza de toro y cien colgajos de pieles y cencerros, había aparecido por la Puerta Nueva, atropellando cuanto encontraba al paso?

Pudiera ser; mas los que corrían parecían no preocuparse de ella. En cambio al iniciar la escapatoria, el nombre ó apodo que proferían con voz amedrentada, era el de «¡el *Duende!*»

Y por donde quiera que pasaban, los que los oían, recurriendo como ellos al capitán suelas, repetían á su vez con acento pavoroso:

—¡El *Duende!*

Los saltimbanquis, que se esforzaban en excitar la admiración é hilaridad del numeroso público, prometiéndose superabundante colecta,

quedaron perplejos y contrariados al aperebirse de aquella retirada tumultuosa, que no sabían á qué atribuir realmente; pues no les cabía en la cabeza que el tosco minotauro fuera parte para ello.

Pero la estudiantina que con sus cántigas y acordes no tuvo lugar de percibir el laberinto que en las turbas había producido tal apodo, cambió el ritmo musical: al aire alegre de la jota en tono mayor, sucedió otro más melódico y poético en tono menor, al que los estudiantes ajustaron la cantilena de Arjona, que empieza:

Pastorcito del alma
no me abandones,
que cercan mi camino
mil salteadores.

Y poniendo así á contribución tras de Quevedo á Tirso, tras de Tirso á Arjona, tras de Arjona á Lope y demás lumbreras del Parnaso pátrio, se detuvieron bajo aquellos balcones, cielo de deidades para comparsa tan entusiasta y juvenil, más tiempo del que sus intereses demandaban.

II

En la sala y antesala á que correspondían aquellos balcones, conversaban los papás, hermanos mayores y tíos de las niñas curiosas que los ocupaban.

—Esa música... ¿es alguna estudiantina?—dijo D.^a Lucía Lizaur, joven señora de elevada posición social, al oír el paso doble de los escolares.

—En efecto... estudiantina es,—afirmó el procurador, ya con vistas á millonario, D. José García Carrasco, acercándose al balcón central y empinándose para atisbar la comparsa por encima de las cabezas femeniles que formaban en primera línea.

—Ya me extrañaba á mí que la salmantina no nos hubiese remesado una gruesa, cuando menos, de sopistas,—dijo con retintín el dueño de la casa.

—*A pugnare per la vita*,—añadió el mayorazguista D. Cosme de Toledo, que nacido y criado en Italia, apenas chapurraba el castellano.

—Pues escasa va á ser la colecta de este año, según se van poniendo las cosas,—observó Carrasco, aludiendo á la conflagración nacional que se venía encima á ojos vistas.

—Ésas gentes ni temen ni deben,—repuso Samaniego.—Entrarán

donde ningún cristiano, fuera de ellos, ose entrar, y sacarán raja sin fianza, hasta de los mismos gabachos.

—Y harán más que saben, señor D. Joaquín—saltó la mujer del licenciado Cepeda, recordando correrías trasnochadas de su esposo.—Sus trabajos pasan para llegar á ser algo; que eso de andar de Ceca en Meca...

—Sí, divirtiéndose á costa ajena, sin quiebras ni protesto,—interrumpió el comerciante.

—Y sufriendo mil contrariedades por esos caminos infestados de ladrones.

—Eso, eso sobre todo; los ladrones,—repitió la de Lizaur.

—Doña Lucía, los ladrones no hacen caso de los estudiantes de la tuna, por ser gente limpia de sisas y reservas.

—Pero un susto donde quiera se encuentra,—arguyó la de Cepeda.—¿Le parece á usted floje el que llevarían si de manos á boca se encontrasen con el *Duende*?

—¡Poverinos! ¡poverinos!—repitió compasivamente D. Cosme.

—Pero ¿estamos expuestos á las asechanzas de ese facineroso?—interrogó sobresaltada D.^a Lucía.

—Dicen que anda por estos contornos.

—¡Vaya por Dios! Y la justicia, con seguridad, dormida,—dijo revolviéndose en el canapé la temerosa dama.

—La justicia...—repitió casi maquinalmente un caballero sesentón, de hermosa calva, muy serio y muy soplado, que hasta entonces no había intervenido en el coloquio.

—¡Ah! perdone Ud., Sr. D. Benito—se apresuró á rectificar doña Lucía:—ya sé que ustedes tienen la obligación de reprimir sus excesos, y que los reprimen; pero lo cierto es, que hasta que llegan á atraparlos...

—¡Por los clavos de Cristo!... muden ustedes de conversación,—suplicó una dueña con cara de tasajo y viuda de un alhondiguero por más señas.—Si los oye mi Juanita, le dá el soponcio... y eso que estando aquí nuestro amigo Michel...

—¡Caracoles! ¿qué es aquello? la gente corre...—observó Carrasco que permanecía al pie del balcón.

—É vero, é vero,—asintió D. Cosme.

—Alguna quimera,—repuso el aludido Michel, acreditado cirujano, que dejando su asiento añadió dirigiéndose al balcón:—Mucho será que no tenga uno que entrar en funciones; porque estos días son tan abonados para camorras y heridas..

—Pues nada, no debe ser cuestión de riña; más bien lo que oigo decir es ¡el *Duende!*—advirtió Carrasco.

—¡Cómo! D. José, ¿será posible?—exclamó la de Lizaur poniéndose de pie sobresaltada.

—Y tan posible: acérquese Ud. y lo oirá como yo.

—¡Por Dios! que no se aperciba de ello mi Juanita,—recomendó la exalhondiguera nuevamente.—Y Ud., Sr. Michel, no nos abandone.

—¡Uy! ya está aquí,—concluyó dando una encogida D.^a Lucía, que se desplomó sobre el canapé, al oír en la antesala un estrépito mayúsculo.

—Calma, calma,—aconsejó Samaniego, cruzando la sala para ver quien lo producía.

Y ¿qué había de ser? Pues dos de los estudiantes que sacudiendo las sonajas de las tamboretillas, se metían, como Pedro por su casa, en las concurridas habitaciones.

Uno,—el que había ordenado á la partida detenerse bajo aquellos balcones,—avanzó al de la antesala, echó mano á uno de los rigales del tricornio, y haciendo una donosa reverencia, dijo:

—Saludo á las hechiceras beldades de este paraíso compendiado.

Las saludadas, que se habían vuelto hacia el recién llegado, sonrieron satisfechas de la salutación.

Luisa Ramirez, retrocediendo carialegre de la línea de vanguardia hasta colocarse bajo el dintel del portado, respondió por todas:

—Bien venido sea á tan gloriosa mansión el galante discípulo de Apolo...

—Que llega á este Parnaso en busca de una musa.

—A la que encontrará,—respondió bajando la voz la hermosa rubia.

Y todavía dando otro paso hacia adentro, se puso á departir á la sordina y con visible satisfacción con el advenedizo.

Su compañero, colándose en la sala, abrazando á D. Joaquín, besando á D. Cosme, dando una zapateta en el aire, apoyadas las manos en los hombros de Carrasco que permanecía de pie, arrodillándose ante las señoras y metiendo las manos en los bolsillos de los caballeros, cantó, rezó, piropeó y revolvió con sus tretas aquel pacífico cotarro, pidiendo á todos y sacando á los más una limosna para la tuna.

—Y tú, Periquito, ¿no sueltas la mosca?—preguntó al nombrado D. Benito, presentándole la estudiantil batea.

El interrogado, fruncido el entrecejo y con los ojos clavados en Luisa y su interlocutor, no se hizo cargo de la petición.

—¡Ay, qué melona tan hermosa puso natura sobre tus hombros!— exclamó el truhán pasándole la mano por la cabeza.

—¡Eh, atrevido!—dijo el escribano D. Francisco Donis, llamándolo al orden.—Estás faltando á un señor Alcalde del Crimen.

—¿Sí?... Pues perdona, Papiniano, que te tomara por un zoquete.

Y dando media vuelta se dirigió á los balcones de la sala á soltar media docena de tonterías á la juventud femenil que los poblaba, mientras Donis quedaba refunfuñando.

—Hombre, hombre, ¿qué ha sido eso?...—interrogó D. Benito saliendo de su abstracción.

—Nada, señor, que para estas gentes ya no hay clases. Sin más título que su desvergüenza, cualquier zascandil de estos se sube á las barbas de la más elevada autoridad.

—Es cierto, sí... de la autoridad,—repitió maquinalmente el togado, que había vuelto á concentrar su atención en la juvenil pareja de la antesala.

—¡Y suele haber entre estos cada pájaro!... Mucho será que...

—Adios, Poncio: cuida de no tener que lavarte las manos con frecuencia,—interrumpió el estudiante despidiéndose del Alcalde.—Y á tí, apuntador, que se traduzca en doblones tu alcahuetería.

Y haciendo una mamona al escribano, salió de la estancia.

—¿Hase visto insolente semejante?—prorrumpió, poniéndose de pie el diminuto aunque corajudo Escribano, con no muy pacífico talante, mientras el alegre escolar, al par que el interlocutor de Luisa ganaban las escaleras.

—¡Oh! calma, calma, *signore Francesco*. ¿*Chi s' altera per un stolto?*

—Si no fuera por...

El del margen, desahogando el pecho con un suspiro silencioso y como recobrando el dominio de sí mismo, preguntó:

—Pero, hombre, hombre... ¿qué ha ocurrido!

—Cosa *nessuna*, D. Benito.

—Como fuera el de la requisitoria,—dijo para sí el de pluma, volviendo á sentarse junto al Alcalde.

—¿De requisitorias habla Ud.?

—Sí, Sr. D. Benito; de una recibida en el Corregimiento esta mañana, del Juez Ordinario de la ciudad de Salamanca, para que se busque y capture á un delincuente que se supone ha bajado á Extremadura con una estudiantina.

—Hombre, hombre...—repitió á media voz el Alcalde;—¿y por qué delito?

—Por atentado á la autoridad.

—¿Sería posible?—se interrogó á sí mismo el sacerdote de The-
mis, y alzando la voz tornó á preguntar:

—¿Está Ud. esta noche de servicio de ronda?

—Sí, señor.

—Pues al ir á buscarme, lléveme la requisitoria, contando con la
venia del Sr. Corregidor.

—Por supuesto.

—Además, averiguará Ud. dónde para esa gente, y si por ventu-
ra fuese en mi cuartel, ordenará de mi parte al Alcalde del barrio á
que pertenezca su posada, que se incorpore á la ronda, por lo que
pudiera necesitar de él.

—Todo se hará como lo manda su señoría.

III

Las ocho de la noche acababan de sonar en el reloj de la torre de
Bujaco, cuando el respetable D. Benito Arias de Prada, sentado ante
una mesa pulcra y limpiamente enmantelada y servida, más que trin-
char destrozaba una perdiz estofada y bien oliente, que humeaba en
una pequeña fuente de Talavera.

Sentada frente á él y bañada por la luz de dos mecheros de un
bruñido velón de metal dorado, con el codo apoyado sobre la mesa y
la barba sobre la mano, la hermosa Luisa sonreía disimuladamente al
ver la torpeza del togado.

Aunque rubia, la naturaleza había tenido el feliz capricho de dotarla
de dos ojos de azabache que hablaban solos; pero el atractivo más
saliente de aquella criatura estaba en el fluído magnético que brotaba
de los hoyuelos de sus mejillas, de su boca un tanto rasgada, de labios
encendidos y algo gruesos, á través de los cuales se percibían unos
dientes nítidos y menudos; de su modelada garganta; de los esferoides
prominentes de su seno, tanto más tersos y repujados, cuanto más
alto tenía el talle, á usanza de la época... todos detalles sensuales de
diosa ciprina en la plenitud de la vida y las seducciones.

¿Qué extraño era, pues, que el togado prefiriese engolfar sus mira-
das en aquel piélagos de hechizos, más bien que en la perdiz que tenía
delante?

—Mal lo hace Ud. esta noche, tío,—dijole la joven.

—Es verdad. ¡Las circunstancias!...

—¿Está Ud. malo por ventura?

—No estoy muy bueno.

—Entonces... no saldrá Ud. de ronda esta noche.

—¿Por qué no?—preguntó el del margen, suspendiendo su operación y mirando á su sobrina.—No es el frío, ni el calor, ni el trabajo, ni las trasnochadas, lo que me altera: la causa de mi malestar eres tú.

Luisa se mordió el labio inferior y bajó la vista.

Siguieron unos instantes de silencio que rompió la joven, diciéndole en son de advertencia y desentendiéndose de aquel escopetazo á boca de jarro:

—Tío, que se enfría la perdíz.

—Cierto, y el tiempo avanza.

Y tomando media pechuga, con su alón correspondiente, hizo plato á Luisa; mas ésta al ver que trinchaba una patita, dispuesto á servírsela también, detuvo la mano del togado, exclamando:

—Basta, basta. ¿A dónde vá Ud. á parar, tío?

—Es que así como un pesar causa desgano, una satisfacción debe abrir el apetito.

—¿Y yo estoy satisfecha?

—Parecíaslo, cuando menos, esta tarde.

—¡Ah!—exclamó Luisa tornando á sonreír.

—¿Conocías á aquel estudiante que habló contigo?

—No.

—Entonces ¿por qué aquella expresión de contento que resplandecía en tu semblante?

—Porque me decía unas cosas...

—¿Sí?... ¡Hombre, hombre! ¿y qué te decía?

—Que era muy bonita, que lo fascinaba...

—¡Ejem!—tosió D. Benito.

—Que no había visto mujer más hermosa que yo, en cuanto mundo había corrido.

—¡Así te hablaba el galopín!

—Y qué ¿mentía?

Y al hacer esta pregunta, Luisa forzando el resorte de la coquetería, inclinó la cabeza hacia el lado izquierdo, pronunció más y más los hoyuelos de sus mejillas, entornó gachonamente los párpados, y dió á su ademan y á su voz un baño de gracia tan provocativa, que al de Prada se le cayeron de las manos trinchante y cuchillo, y sólo pudo resollar:

—¡Luisa!...

—Pues ese fué todo su pecado,—concluyó ésta desarmándose de gracia.

—Nada, nada,—repuso aquél después de dar un profundo suspiro,—las cosas han llegado á un punto, que yo necesito hablarte con el corazón al descubierto, decirte lo que por mí pasa, comunicarte mis planes; porque el afecto que en mi pecho se revuelve... que me mortifica hace ya tiempo, amenaza ahogarme.

—¿Quiere Ud. que le mande hacer una tacita de tila?

—¡Tila!... ¡Buen remedio! En fin oye, pues el tiempo vuela, y á las nueve he de estar en la Regencia.—Cuando tu tía, que en gloria esté, se empeñó en recogerte, yo aplaudí su caritativa decisión, sin presumir lo que me esperaba. Cuidados filiales por tu parte, satisfacciones paternales de que estábamos privados por la nuestra... ¡un eden doméstico! Y llegaste á nuestro hogar; pero ¿que pasó por mí al recibirte, por mí que hasta entonces no te había conocido mas que de oídas?... Diez y seis años, llena de gracias, de alegría, de travesura... ¡Ay, Luisa! creí que la pungente impresión del primer momento pasaría, y que el interés que habrías de inspirarme sería mas tranquilo y soportable. Me equivoqué; y así viví cuatro años en un potro, condenado á reprimir la hoguera que ardía en mi corazón. Murió tu tía, que Dios tenga en su seno, sin sospechar siquiera por bien suyo mi martirio, y ante la posibilidad que ya entreví de llegar á la meta de mis deseos, pude mirar, pude insinuarme... respiré, viví.—Tú que eres inteligente como pocas, debiste sospechar desde esa fecha algo de lo mucho que en mí pasaba; y como habrás pensado más de una vez sobre el particular, te pregunto ahora...

—Que se le enfría á Ud. la cena.

—¡Déjala que se enfrie!

—Puede hacerle daño.

—Calla y escucha. Tú que habrás pensado en todo esto ¿quieres ser mi esposa?

—¡Já, já! —rió Luisa, recostándose sobre el respaldo de la silla y echando hacia atrás la adorable cabeza, ofreciendo á la ávida mirada de su tío la incomparable tersura de una garganta, envidia de la estatuaria fidiesca.

—¿Te ries?—le preguntó algo amoscado D. Benito.

—¿Pues no?... ¡Vaya unas bromas que tiene Ud.! No lo juzgaba de tan buen humor.

—Luego tu crees...

—Que como domingo gordo, Ud. quiere solemnizarlo con una expansión carnavalesca. ¡Já, já, ja!

—Pues te equivocas. Te hablo muy en serio.

—No lo puedo creer, tío; y perdóneme la incredulidad, Ud. que tantas cosas me ha perdonado.

—Sin duda,—añadió el Alcalde con frase tarda y balbuciente,—ante el recuerdo de tu desliz, juzgas inverosímil... que yo solicite tu mano.

A pesar de su desenfado, Luisa dejó de reír y enrojeció.

—Y sin embargo, aun conservando vivos en la memoria todos aquellos detalles, que han sido, que son hoy... ¡que serán siempre! mi corona de espinas; á pesar de haber sufrido, sobre la mancha familiar, la afrenta personal que me infirió con aquella bofetada inesperada tu protervo seductor, al sorprenderlo en tus brazos y tratar de detenerlo... te amo ¡te amo con un amor desesperado!... y por todo paso á trueque de llamarte mía.

—Vamos, tío, que esta noche se ha empeñado Ud. en no cenar y en ponerse malo. Coma Ud. y no se cuide de esas cosas.

Y tomando parte de la perdíz que en la fuente quedaba, la puso en el plato del caldeado legista.

—El señor Donis,—anunció una criada apareciendo en el comedor.

—¡Reniego de él!—¡Bendito sea!—murmuraron á la par tío y sobrina.

—¿Le digo que espere?

—No, que pase,—contestó contrariado D. Benito.

El escribano penetraba á poco en el comedor, y daba las buenas noches inclinándose reverenciosamente.

—¿Gusta Ud. D. Francisco?

—Que aproveche.

—¿Traerá Ud. la requisitoria?

—Héla aquí,—dijo, sacando de un bolsillo interior de la casaca un pliego doblado.

—Sírvase Ud. leerme las señas del fugitivo.

Donis sacó de otro bolsillo una cajita, de ella unas antiparras, y montándoselas sobre las narices, buscó en el papel que desdobló con cuidado, los renglones en que aquellas constaban, mientras D. Benito tomaba dos bocados de la cena y Luisa daba fin de su ración.

—Con su permiso,—dijo el Escribano, y en seguida añadió, leyendo:—Señas del prófugo: «estatura regular, más bien tirando á baja, «rostro ovalado, ojos grandes y negros, nariz afilada, boca pequeña: «tenía bigote negro y sedoso, pero consta que se lo afeitó antes de «partir de esta ciudad (Salamanca) cabello negro y ondeado, color mo-

«reno, y como seña particular, un lunar oscuro y del tamaño de una lenteja por bajo de la sien izquierda y muy cerca de la oreja.»

—¿Has oído?—preguntó el de Prada á su sobrina que parecia indiferente.

—Sí.

—¿Y qué opinas?

—Que debe ser un guapo chico.

El Alcalde desahogó en un rechinado de dientes, la punzada de celos que tal apreciación le había hecho sentir en lo más hondo del pecho, y dirigiéndose al escribano, repuso:

—Traerá Ud. averiguado dónde se hospeda esa comparsa.

—En la posada del Camino Llano.

—La tenemos cerca.

Y se levantó de la silla.

—¿Y se marcha Ud. sin tomar nada más?—le preguntó Luisa con solicitud.

—No tengo ganas.

—¿Ni de una rosquilla de alfajor? ¿ni de un mimito?... Sí, de un mimo sí.

Y tomando uno de un plato, se lo ofreció á su tío con una monada tal, que á no haber tenido de testigo al Escribano, le hubiera comido á besos la mano que se lo ofrecía.

Así jugaba la despiadada joven con los afectos de aquel Eaco á la moderna, valida de un ascendiente tan absoluto como dañino.

Tomóie éste y se lo llevó á la boca; Donis aceptó reconocido otro que le brindó Luisa, y Alcalde y Escribano se despidieron de ella y salieron.

IV

...;—y sucedió que «tras cornudo apaleado», pues mi hombre, *velis nolis*, tuvo que aguantar tras el coscorrón el bollo. ¡Y qué bollo!... porque os he de decir, que de tal lance—(los autores no dicen si se había ó no repetido anteriormente)—la bella Galatea resultó abollada, y el togado Polífemo la largó á Zamayón, pueblo cercano al mío, á casa de la Melenda... ¡pues! á que el tiempo la desinchara. Así, mientras ella veía transcurrir aburrida luna tras luna, aguardando la de su desembarazo, él, metido en chirona, esperaba su sentencia por el atentado cometido.

Así terminaba su relación un estudiante vizco, al que sus compañeros escuchaban silenciosamente, instalados todos en una espaciosa habitación de la posada del Camino Llano, y sentados sobre bancos de pino en torno de una desvencijada mesa, saboreando un guisote apetitoso y succulento, llamado *frite* en el país, ó sea cordero en caldereta, el que trasbordaban hecho pedazos de un enorme barreño vidriado á sus respectivos platos y escudillas, y de éstas al estómago, con ayuda de sendos tragos de lo tinto que les deparaba un ventrudo piporro.

—¿Y podría saberse, amigo Tinoco, de qué delito fué acusado el afortunado galán? ¿de *stuprum*?—preguntó un cursante de Digesto, al que sus compañeros apellidaban Gragera.

—¡Cá!—respondió el vizco—El precavido tío, rehuyendo el escándalo y procurando ocultar el desgarrón inferido al honor de la familia, aunque los sorprendió *in actu*, sólo lo acusó de injuria grave á su persona.

—De modo que oficialmente allí sólo pasó, que perdiéndose una bofetada, se la encontró su señoría.

—Y algo más, porque á su vez Aurelio perdió dos cursos y halló un proceso.

—¡Bien le importará á él con el fortunón que le ha caido!

—Yo soy más pobre que una rata, —chilló un mozalvete con cara de sátiro,— y por verme en lance tal, hubiera colgado los manteos.

—Y yo me dejaría dar torniquete, á fe de Juan Lasarte.

—No es extraño!—exclamó un aspirante á obispo.—La chica es una *suma* de perfecciones, más interesante que la de Santo Tomás.

—Ó, como si dijéramos, un lugar teológico, en el que hubiera dado de bruces el mismo Melchor Cano.

—Un mayorazgo de delicias, como no lo soñó jamás Micer Jácome Ruiz.

—Cuya tenuta yo litigaría ante el mismo tribunal de Poncio Pilato,—concluyó un estudiante de Prima de Leyes.

—¿Y qué ibas á hacer entonces, Pavon perjuro, con la hija del be-del de Escuelas Mínimas?—le preguntó Lasarte.

—La manumitia. Baza mayor quita menor. En último caso apen-caba con ambas, aunque incurriese en delito de bigamia.

—Orden, señores,—clamó Tinoco, viendo que la gente se iba entusiasmando demasiado.—Se trata de *res alieni*, que para nosotros debe ser *res sacræ*. Respetemos, pues, el derecho del primer ocupante, y contentémonos por el momento, como pobres pelagatos, con

estos despojos salpimentados, que satisfacen la [más apremiante necesidad.

—Y con un trinquis del montanhego.

—¡A la salud de la reina de la hermosura!

—Y á la del afortunado compañero que de este modo nos regala.

Y el enorme piporro dió vuelta á la mesa, haciendo dormilonas estaciones de boca en boca.

En esto se abrió, no sin estrépito, la puerta de la habitación, y por ella aparecieron el Alcalde del Crimen y el Escribano Donis, aquél con toga y birrete, éste de gola con garnacha, y tras ellos el Alcalde de barrio y los belleguines que formaban el séquito, con sus capillas cortas, sus sombreros de teja, sus varas y sus linternas.

A impulsos del respeto que inspiraba la autoridad, los comensales se pusieron de pie, y el que tenía calado el tricornio se lo quitó, mientras los que daban la espalda á la puerta, giraban sobre sus talones y quedaban, como los demás, frente á frente de los aparecidos.

Uno de los alguaciles, traduciendo por movimiento de hostilidad el que no era más que de cortesía, gritóles con la inoportunidad consuetudinaria de los de su clase:

—¡Alto á la ronda!

—Bien venida sea,—dijo Lasarte.

—Saque Ud. la requisitoria, D. Francisco, y repita la lectura de las señas, confrontándolas con todos y cada uno de los presentes.

Donis tiró del papel y leyó entre dientes, recorriendo la vista por los estudiantes á cada detalle que leía, mientras D. Benito con el mismo fin miraba y remiraba á los sorprendidos escolares, concluyendo al cabo de un rato por mover negativamente la cabeza.

—¿Cuántos sois?—preguntó en alta voz.

—Ya lo vé su merced, diez,—contestó el vizco.

—Pero no estáis todos los de la partida. Enfrente veo un sitio vacío con un plato y un cubierto que no ha utilizado nadie.

—Pero que puede utilizar su señoría, para quien lo reservábamos.

—¿Para mí?... ¡Gracias!

—No estaría tan mal acompañado: lo que somos fuísteis; lo que sois seremos; toda gente de la clase.

—No es esta ocasión de bachillerías. Responded, pues, categóricamente: ¿quién es y cómo se llama el sujeto que debía ocupar ese lugar?

Los interrogados se miraron unos á otros sin saber qué contestar.

—Hoy ibais once en la comparsa y aquí sólo estáis diez. Os vuel-

vo á requerir para que me digáis quién es y en dónde está vuestro compañero.

—Pues, señor, que lo crea usarcé, que no lo crea... la partida está completa.

—Pero no aquí.

—Aquí y adonde quiera que va.

—D. Francisco, —ordenó amostazado el Alcalde, —lea Ud. esas señas en voz alta.

Donis así lo hizo.

—¿No viene en vuestra compañía ninguno á quien se vengana?...

Los interrogados se encogieron de hombros.

—Os estáis haciendo reos de encubrimiento. Busco á un criminal y me lo ocultáis... vosotros que tenéis por qué temer á la justicia.

—¿Nosotros? —preguntaron varias voces.

—Vosotros. Sabéis que están prohibidas las máscaras, y esta tarde habéis usado antifaces, incurriendo en pena de azotes.

—Esa ley, dada por D. Carlos I, esta ya en desuso, —objetó un cursante de Curia Filípica.

—¿Cómo en desuso! ¿Y los bandos del rey D. Felipe V, que la volvieron á poner en vigor?

—Esos se dieron sólo para la Corte, —distinguió el estudiante.

—De cualquier modo, —arguyó con socarronería el infiel Pavón, —tales disposiciones hablan de antifaces y de máscaras... y nosotros no los hemos llevado más que á medias, tapando sólo ojos y narices.

—Si no deponéis ese tono irrespetuoso y esa manera burlesca de hablar con la ronda, desde aquí os llevo á la cárcel.

—Ya se miraría su señoría en hacer tal; pues no habiendo cometido ningún desafuero, sólo nuestros jueces privativos, como estudiantes matriculados y juramentados *de obediendo Rectori in licitis et honestis*, pueden conocer de nuestros actos. Demasiado sabéis adonde alcanza el fuero universitario.

—Por eso mismo, porque sé que sólo se alarga á dos dietas, según la bula de Inocencio VIII, y estáis ya fuera de su radio.

Mas antes de que replicara el sopista, D. Benito se dió una palmas en la frente.

¿Era que á pesar de su cita había caído en la cuenta que le ajustaba el de la tuna?...

No: era que repentinamente le había asaltado una sospecha insana, y estimó que allí estaba perdiendo un tiempo precioso.

—Vaya, buenas noches, —dijo, y volviendo las espaldas y poco

menos que atropellando á los corchetes, salió de la habitación diciendo «¡en marcha!» y dejando estupefactos, con aquella brusca mudanza, á los estudiantes.

V

El Alcalde atravesó precipitadamente el corral que á guisa de plaza de armas precede al edificio, y subió la calle del Camino Llano, con una celeridad pasmosa en sus años, haciendo talonear de lo lindo á sus secuaces.

Al llegar á la plazuela de San Juan, torció á la derecha y dando vuelta á la esquina Sur de la parroquia, se detuvo y contempló unos instantes un amplio caserón señorial, sobre cuya portada se destacaba un enorme escudo heráldico, frontero á la puerta posterior de la iglesia.

Aquella era su morada. Puerta y ventanas aparecían cerradas, y en su interior debían albergarse en fraternal compañía el sueño y el silencio.

No obstante D. Benito atravesó la pequeña plazuela que media entre dicha casa y la fachada sudeste del templo, y entró por la callejuela que conduce á la Cuesta del Postigo, franqueando el caserón.

De una de las ventanas de éste, abierta en aquel lienzo mural, brotaba luz. Avanzó un poco más, y dando la vuelta hacia la calle de Gallejos, adonde daba la puerta falsa del edificio, la palpó y la empujó á ver si estaba abierta.

Tampoco: las pesadas hojas resistieron á la prueba.

—Tú aquí,—dijo á uno de los alguaciles:—aquí dos,—ordenó al pasar de retorno por debajo de la ventana iluminada;—y tú aquí,—previno al último, designándole la puerta principal de su morada.

Sacó en seguida una llave enorme, é invitando á Donis y al Alcalde del barrio á que lo acompañasen, abrió sigilosamente la puerta y entraron los tres; volvió á cerrarla tras sí, y á la agonizante luz de un farolillo que colgaba de un bramante suspendido de la bobedilla de uno de los descansos de la escalera, subieron al piso principal de la casa.

La sospecha que había asaltado al Alcalde no era infundada.

Hacía cerca de media hora que la bella Luisa había franqueado la puerta falsa á un estudiante de las mismas señas consignadas en la requisitoria, y lo había guiado á su gabinete, de puntillas, para no ser sentida de las criadas.

Omitimos expansiones del primer momento.

Luisa estaba radiante de júbilo: á Aurelio no le cabía el gozo en el pecho.

Sentados uno frente á otro, pero muy juntitos, tocándose las rodillas de ambos y conservando él prisioneras entre las suyas las manos de Luisa,

—¡Si me parece mentira!—exclamaba ésta, envolviendo en una mirada lúcida y transtornadora al escolar.

—Creí no volverte á ver en mucho tiempo. Aquel maldito calabozo...

—En el que no volverás á entrar ¿verdad?

—No, Luisa mía, Dios mediante.

—¿Y cómo has podido...

—Con dinero y promesas. Como ya te decía, mi tío Ruperto murió en Bogotá, y aunque durante su vida no nos auxilió con cosa alguna, á última hora se acordó de que mi madre y yo vejetábamos por acá, y no teniendo otros parientes, nos dejó su cuantiosa fortuna.

—Dios se lo pague. Pero nada me has dicho aun...

—¿De nuestra hija?

—¡Oh! sí, de nuestro ángel.

—Lo es en realidad: ¡si tú la vieras!... Blanca como un ampo de nieve y sonrosada como un destello de la aurora, su cabecita parece un joyel de anillos de oro. ¿Y el pico? Aquéllo es una cotorrita.

—¡Hija de mi vida!

—Es el delirio de mi madre, y el encanto del pueblo.

—¡Cuándo la veré yo!

—¿Que cuándo? Muy prontito: precisamente vengo á eso, á concertar contigo el medio de no volver á separarnos.

—Luego tú ya no temes nada de la justicia.

—Nada.

—Pues sabe que mi tío te busca por virtud de una requisitoria.

—Calla, tonta. ¿Te parece que con los ocho milloncejos del tío Ruperto no hay para amordazar á jueces, esbirros y carceleros? El hierro, invencible para el que nada tiene, se ablanda para el poderoso y se convierte en cera; los escuchas ensordecen, los vigías ciegan. ¿Sabes cuánto me ha costado mi evasión?... Pues veinte escudos solamente.

—¡Con qué poco se alcanza tanta dicha!

—De modo que si te parece hablaré á tu tío, y así que le revele que ya soy persona decente, con cuyo parentesco hasta puede honrarse...

Luisa movió negativamente la cabeza.

—¿Cede? ¡Pues primores! ¿No cede?... Peor para él.

—Ten por cierto que se resistirá.

—¿Aun cuando le diga que soy millonario?

—Aun cuando fueras un príncipe; pues enamorado rabiosamente de mí, esta misma noche me ha solicitado en matrimonio.

—¡Zape! ¿No te lo dije yo más de una vez?... Si desde luego me dió en la nariz...

—Por eso creo inútil tu pretensión.

—¿Y tú que le contestaste?

—¡Donosa pregunta! ¿Qué había de contestarle existiendo tú en el mundo?

—¡Riquísima!—exclamó fuera de sí el galán abrazando á su amada y asediándola á besos.

En esto se abrió la puerta de la estancia, y D. Benito,—que había estado unos instantes atisbando por la llavera,—entró en la habitación desatinado.

—¡Tunante! ¡seductor! ¡bandido!—gritó como un energúmeno, lanzándose sobre Aurelio.

Mas éste, apercebido á tiempo de la presencia de su rival, púsose de pie y arreó al Alcalde una bofetada, que ni la que le dieron á Cristo, mejorando la de antaño.

—¡A él! ¡al infame!—rugió corajudo el togado, á quien las ropas talaras entorpecían los movimientos.

Donis y el Alcalde de barrio tomaron parte en la refriega, y el segundo que era hombrón y forzudo, con ayuda de aquél, que aunque menudo de cuerpo tenía sobrada fibra, sujetaron al estudiante.

En tanto D. Benito ordenaba á los ministriles que habían acudido á sus voces, que condujesen inmediatamente á la cárcel á Aurelio, sin que bastaran á aplacar su inquina los reiterados ruegos de Luisa, que abrazada á su cuello, afligida y espantada de aquel repentino cambio de escena, contenía como morbido dique el colérico empuje de su tío.

—¡Por Dios, tío mío!—le decía.—Piedad una y cien veces... clemencia para él!

D. Benito, que tras la emoción experimentada y el contacto acariciador de los tornátiles brazos, el tibio aliento y las muelles turgencias de Luisa estaba capaz de ser ahogado con un cabello; entre los arrebatos de la ira y la fiebre de la concupiscencia, que aquel brazo persistente revolvía en todo su ser, exclamaba sofocado:

—Déjame, Luisa... ¡déjalo!... ¡bribón!... ¡besarte!... ¡Al calabozo!... ¡á la horca!

VI

¡Qué noche aquélla tan nefasta, á partir del momento de la sorpresa, para los principales actores de aquel drama con ribetes de tragedia!

¡El sueño?... Fué contrabando para todos.

En cambio ¡qué extraordinarias proporciones dieron el desvelo y el silencio á los detalles de tan inesperada colisión!

Para el burlado Alcalde todas fueron bascas; pero ¡qué bascas!

La ofensa personal le escocía en la mejilla; la puntillosa honrilla profesional, le atronaba chillonamente los oídos; los celos más insanos le clavaban uñas y dientes en el corazón; los brazos de Luisa, que aún le parecía sentir en torno del cuello, se le antojaban dogales que amenazaban asfixiarlo. Suspiros, interjecciones, juramentos, sacudidas nerviosas, volteretas repentinas... ¡No! el severo magistrado no estaba en sus cabales.

Tampoco las contaba más felices su sobrina. El blanco lecho estaba intacto. Sentada junto á él, revolvía en su mente cien pensamientos á cual más pavoroso. Sobre todo, no podía apartar de la imaginación las últimas frases que con voz ronca y tétrica le dirigió su tío al separarse de ella, después que sus satélites se llevaron á Aurelio.

—«Todo... todo me lo explico ahora. Mañana, cuando podamos departir con más serenidad de ánimo, fijaremos definitivamente nuestra respectiva situación. En cuanto á él... yo te juro que ha de costarle cara la reincidencia.»

¡Qué iba á ser, pues, de ella? Con el togado solo la unían vínculos de afinidad, siempre poco consistentes, y menos cuando muere la persona intermediaria. Carecía de parientes, y Aurelio en quien pudiera esperar, se hallaba encarcelado y no saldría tan fácilmente de sus prisiones, hallándose bajo la inmediata vigilancia de su enconado tío. Mas era indispensable buscar salida á tan enmarañado laberinto; y pensando, pensando, se le caldeó la cabeza, le martillaron las sienas... y el hilo de Ariadna sin parecer.

Por la mañana, cuando el alguacil de papeles—(que había sido el solícito tercero de la correspondencia epistolar habida entre su amante y ella,)—fué á recoger los que su tío tuviese despachados, lo llamó aparte y habló con él en secreto cinco minutos.

Al medio día... Luisa apareció en el comedor resignada á todo. ¡Qué gesto tan avinagrado el de su tío! Ambos hicieron con que comieron; pero el sacerdote de Themis no dijo esta boca es mía

Sin duda no consideraba los ánimos en disposición de afrontar aún explicación alguna sobre asunto tan espinoso.

Luego, sin cambiar siquiera una palabra, cada cual se retiró á su departamento.

A la caída de la tarde, Luisa se prendió en la cabeza un amplio manto negro, y esperó de pie, con visibles muestras de impaciencia, cerca de la ventana.

—Señorita: aquí está Juan,—díjole la criada.

—¡Quiso Dios!—murmuró entre dientes, mientras se echaba el manto á la cara; y añadió, dirigiéndose á aquella con aparente naturalidad:—Esta noche no cenaré: cuando llegue la hora, le dice á mi tío que cene él, pues yo me habré acostado.

Sin demora bajó las escaleras seguida del alguacil, atravesó la Corredera, descendió por las Piñuelas bajas, entró en los Portales del Pan, y avanzó por la calle de Paneras. Al desembocar en la de Río Verde, advirtió á su acompañante:

—A nuestro retorno, en este mismo punto, sin necesidad de nuevo mandato mío, se marcha Ud. para su casa. ¿Se le olvidará?

—No señorita: la complaceré como en todo.

Siguieron avanzando por aquella calle inmunda y dificultosa en aquel tiempo, atravesaron en pos de ella la de Moros y entraron en la de Nidos. A su final encontraron el patio exterior de la cárcel y en él entraron resueltamente.

Ya no era hora de comunicación para los presos; pero el vigilante del rastrillo, al reconocer al alguacil, sospechando que se trataba de algún servicio oficial, hizo crujir llaves y cerrojos, franqueó la pesada cancela y aquéllos entraron.

—¿Adónde está el Alcaide?—preguntó el corchete.

—Arriba,—contestó aquél, tornando á cerrar la férrea cancela.

—Subamos,—invitó á Luisa su acompañante.

Abierto un segundo rastrillo, ascendieron ambos por las mal alumbradas escaleras al piso principal, en uno de cuyos corredores les salió al paso el Alcaide.

—¡Hola, Juan! ¿qué incumbencia te trae por aquí?—preguntó aquel reconociendo á éste.

—Vengo acompañando á esta señorita, que espera de tí un señalado favor.

—De mí?... -interrogó el carcelero fijándose en Luisa, de la que sólo podía percibir en la penumbra del corredor un bulto negro con formas de mujer.—No siendo cosa que...

—Nada de particular,—advirtió Luisa.—Anoche trageron preso á un estudiante.

—Es verdad.

—Pues desearía verle... y hablarle.

—Imposible: está incomunicado. Pero... ante todo ¿podría saber con quién hablo?

—Con la sobrina del Sr. Alcalde del Crímen, D. Benito A. de Prada.

—¡Ah! muy señora mía,—dijo el jefe de aquella mazmorra de cristianos, quitándose una gorrilla con que cubría su cabeza.—Precisamente su señor tío me mandó decir...

—Lo sé; pero ha ocurrido una novedad que es preciso dar á conocer al encarcelado.

—Yo... sin un mandamiento... subsistiendo la incomunicación...

—A haber estado mi tío en disposición, hubiera venido en persona; mas como no puede, me ha enviado á mí, por no ser cosa de confiar á terceros lo que hay que noticiarle.

—Con todo... mi obligación...

—¿Cree Ud que, á no ser cosa imprescindible, mi tío me hubiese enviado á esta horrenda mansión?

—Lo supongo.

—¿Ni puede Ud. presumir que yo viniese á comprometerlo á Ud., y menos á mi tío?

Esta consideración hizo mella en el Alcaide, quien al ver que el Alguacil movía la cabeza asintiendo á las palabras de Luisa, se ablandó á la pretensión de ésta.

—Está bien: lo verá Ud., mas ruégole el secreto.

—Nada recele.

—Aguarden un instante que voy por una luz.

A poco estuvo de vuelta con un farol y un haz de llaves pendiente de una cadena que le daba vuelta á la cintura.

Bajaron las escaleras, guiando el carcelero, abrieron un ferrado portón, atravesaron el patio interior del edificio, salvaron otra cancela de hierro y penetraron en una galera en cuyo fondo estaba abierta la puerta de un corredor tétrico y estrecho, que olía á moho, al que daban cuatro ó cinco puertas bajas y angostas. Eran los calabozos.

Abrió uno de ellos y dijo á Luisa:

—Pase Ud., señora.

La invitada penetró en aquel antro inhospitalario, y el Alcaide cerró de nuevo la puerta.

—¿Has columbrado tú quién es este pájaro,—preguntó al ministril el carcelero.

—Lo ignoro: sólo he colegido que entre él y la familia del señor Prada, debe haber historia antigua.

—He oído que anteayer anduvieron á mojicones.

—Algo dicen que hubo de dares y tomares.

—Por eso me extraña esto de venir ahora...

—¡Bah! Esto ocurre en muchas familias: un día á matarse, y al siguiente á partir un piñón.

—Yo... con tal que no redunde en mi perjuicio...

—Hombre, no: ellos serían los primeros en protegerte.

—No hay que confiar mucho; pues cuando se arma un lío, todo el que puede se llama á andana... y el que menos pinta es el que fracasa.

Sonó en esto un pito y el Alcaide dijo:—Me llaman y oigo rebullido de gente. Alúmbrame con el farol hasta que salga al patio... Cuando terminen, avísame.

Y semitrotando salvó la galería y salió al patio, donde los gozques de la justicia sujetaban á viva fuerza al célebre bandido el *Duende*, que rugía y espumarajeaba, como fiera cogida en una trampa.

La operación de ponerle y remacharle los grillos, fué asaz laboriosa, y durante ella, Luisa abandonando á su suerte al ser querido, atravesó el patio en que se llevaba á cabo la operación de engrillar al facineroso, seguida del alguacil.

—Nos marchamos,—dijo éste dejando el farol en el suelo.

El Alcaide preocupado con el aseguramiento del nuevo recluso, que se retorció como un obseso entre las garras de los esbirros judiciales, sólo preguntó:

—¿Queda cerrado el calabozo?

—Sí... y echado el cerrojo.

Al carcelero bastó esta respuesta y siguió en su faena, alargando las llaves del rastrillo al sota-Alcaide para que les diese salida; pero así que enchironó al *Duende*, acucioso de su cargo, fué á cerciorarse por sí mismo del estado en que los visitantes habían dejado la puerta de la mazmorra del sopista .. y, en efecto, halló el cerrojo echado. Escuchó un instante, y oyó sollozar en su interior; y con esta seguridad, echó la llave murmurando:

—Todas estas entrevistas suelen tener el mismo fin: unos lloran y otros blasfeman y patean. *Tienen libertad* para hacer lo que gusten.

.....

VII

A las nueve de la siguiente mañana, cuando D. Benito, ya peripuesto, se disponía á marchar á la Audiencia, le anunciaron que el Juez ordinario pretendía verle.

—Que pase al despacho.

A los dos minutos ambos juzgadores cambiaban los saludos de rúbrica.

—¿A qué tengo el gusto...—empezó D. Benito.

—A una novedad hartó grave,—contestó el Juez interrumpiéndole.

—¿De veras?... ¡Hombre, hombre! ¿El encarcelado ha hecho alguna revelación ominosa?...

—Es peor aún.

—¡Canastos! Me pone Ud. en cuidado.

—Luisita...

—Pare Ud., señor de Cela: si viene Ud. á interceder por ella...

—Nada de eso.

—¡Ah! entonces prosiga Ud.

—Pues hace poco fuí á la cárcel á que ampliara su declaración el estudiante, sobre un particular que ayer no quedó bien esclarecido. Doy orden de que lo hagan comparecer á mi presencia, y cuál es mi asombro al ver que me traen á Luisita en traje de escolar.

—¡Cómo!... señor Juez, Ud. se chancea,—repuso sobresaltado el Alcalde.

—Compañero, el caso es hartó serio para chanzas.

—Pero... ¡si no puede ser si Luisa debe estar en su lecho, pues anoche se acostó sin cenar, por hallarse indispuesta.

—Pudo ocurrir así, pero si le anocheció en casa, le ha amanecido en el calabozo del de la tuna.

—¡En su compañía!—exclamó el de Prada, á quien se le paralizó la sangre en las venas.

—En su compañía, no; ¡pues ese es el caso!

—No lo entiendo entonces.

—Pues es muy sencillo. Llegó ella á la cárcel, sobornó al Alcaide, y prestando sus vestidos al reo, le facilitó la fuga, quedando ella en su lugar.

D. Benito sintió algo parecido al vértigo, se llevó ambas manos á la cabeza, y cayendo desplomado sobre un sillón, exclamó con desaliento:

—¡Dios mio! ¡el acabóse!... ¡Que indignidad! ¡que bochorno!... ¡Esto solo me faltaba!

—Vamos, no hay que abatirse, señor Alcalde. Para casos como este es la presencia de ánimo, y Ud. tiene probado que no peca de pusilánime.

—¡Qué vergüenza, amigo mío!

—Por eso es necesario acordar algo. La inacción puede agravar el conflicto.

—¿Y qué hacer?... Yo no sé... no puedo determinarme á nada.

—Pues juzgo, *salvo meliori*, que dada la gravedad del suceso, debemos ir á dar cuenta de él al Sr. Regente, y explorar su superior juicio.

—Al Regente... ¡Oh, que baldón para la clase!

—La clase es lo de menos; preocúpese de sí.

—¡Luisa!... ¡mi compañera! ¡mi alegría!...

—Mas no hay que perder instante: yo he dejado al Escribano en la carcel, y antes de volver á ella tengo que llevar proyectada alguna medida salvadora.

—¡Oh! gracias señor Juez, gracias por la atención.

Y ambos se trasladaron á la Audiencia y hablaron con el Regente.

La mañana estaba fría; mas por el camino el de Prada fué sudando la gota gorda.

—Señor D. Benito: el caso es tan sério y extraordinario, que no puede resolverse de primera intención. Sin perjuicio de proveer lo que corresponda, luego que el Sr. de Cela reciba declaración á su sobrina y se haga constar su traje y demás condiciones en el proceso del escolar, se la llevará Ud. á su casa, despues de que vista su propio traje. Y para evitar comentarios, la sacará Ud. por la puerta que comunica con la Audiencia.

Así se hizo todo. Luisa refirió be por cé la treta de que se había valido, sin culpar á nadie y procurando pintar al Alguacil y al Alcaide, engañados más que sobornados, como era en realidad.

¿Conocía el ardid de que la infanta D.^a Sancha se había valido para redimir de prisiones á su esposo el conde de Castilla, y había querido repetirlo, ó era original la idea?

No lo sabemos. Solo podemos asegurar, que en vez de compungida y temerosa, la hermosa joven se mostraba satisfecha y sonriente. La campanada había sido gorda: su reputación había caído en el fango: tal vez iba á encontrarse hasta sin hogar; pero Aurelio se había salvado.

Aquella tarde D. Benito fué avisado de orden del Regente, que lo era D. Francisco de Leiva, para que acudiese á la Audiencia. ¡Y en qué momento! Cuando había empezado á abordar con su sobrina la cuestión que tanto les preocupaba y había de fijar definitivamente sus respectivas situaciones, como le anunció la noche del escándalo.

Cortó, pues, el hilo de su exordio, y trasladándose á la Audiencia, subió al despacho del Regente. En él, á más de este, encontró al Oidor decano, al Gobernador de la sala del Crimen y al Fiscal de S. M., es decir, halló reunido al Real Acuerdo.

—Señor D. Benito,—le dijo el de Leiva:—demasiado consta á Ud. el alto concepto que por su suficiencia y personal dignidad ha merecido á todos sus superiores y compañeros. Este tribunal se honraba grandemente con contarle entre sus individuos... pero de ayer á hoy todo ha cambiado. Sin duda alguna manifestación poco prudente de Ud., ha dado margen á que por el pueblo se haya difundido la especie de que ha requerido de amores á su sobrina, y que la acosa incesantemente para que se avenga á ser su esposa. Esto, sobre desdecir de su edad, su seriedad y su condición, le ha hecho caer á Ud. en ridículo espantoso. Luego... el escándalo, que motivó anteanoche la prisión de ese estudiante, ha sido de mayor cuantía, y de él salió la dignidad de Ud. muy quebrantada, al saberse que fué abofeteado. Si á tal contratiempo se añade la estratagema de su sobrina para redimir al amante... la medida del descrédito rebosa, y Ud. dignamente no puede seguir perteneciendo á este Tribunal, cuyo decoro es preciso mantener immaculado.

—Señor Regente...

—Nada de disculpas: usted lo comprende demasiado. El Real Acuerdo particularmente se lo aconseja; y á cambio de un sobreseimiento en la sumaria incoada, tiene Ud. que escribir á Madrid, para que lo trasladen á otra Audiencia, en donde puede Ud. volver á ser lo que aquí ha sido... si respecto de Luisa toma Ud. las providencias oportunas para no verse nuevamente chasqueado.

D. Benito así lo hizo, y no tardó en liar los bártulos y ausentarse de Cáceres.

¿Qué fué después de tío y sobrina?

¡Averígüelo Vargas!

En cambio el Alcaide y el Alguacil pagaron el pato. A éste se le cayó la vara de las manos, y aquél perdió las llaves carcelarias.

El destino del último mono. ¡Ser siempre el que se ahoga!

PUBLIO HURTADO.

EL ARTE EN CÁCERES DURANTE EL SIGLO XVI

(DATOS PARA LA HISTORIA DE LA CULTURA EXTREMEÑA)

II

MÁS RETABLOS.—PINTORES, ENTALLADORES, PLATEROS Y OTROS ARTÍFICES
DESCONOCIDOS.



ABIDO es por todos los que de la historia del arte se ocupan, que éste nació y se desarrolló casi exclusivamente á la sombra de nuestros viejos templos, hasta tal punto, que con justicia ha podido afirmar *C. Justi* «que las iglesias son los verdaderos museos de España»; por eso no extrañará, que en nuestras investigaciones acudamos preferentemente á estas fuentes para adquirir noticias de lo que fuera ese arte en Cáceres, en la centuria que estudiamos.

Desgraciadamente solo noticias existen hoy de varios retablos, construídos en esa época, ya totalmente desaparecidos, y cuyo valor, por su arcaísmo al menos, sería de relativa importancia.

El más antiguo lo fué el de la Capilla, que en el claustro de San Francisco, hoy Hospicio provincial, pertenecía á los Peñas, convertida en trastera, no obstante conservarse en ella interesantes sepulturas de los fundadores. En el retablo había la siguiente inscripción: «Esta obra mandó hacer Mari-gutiérrez, Mujer del Honrado Cavallero Juan de la Peña, que Dios haya, año de 1491».

Siguióle en orden cronológico, el que mandó hacer para la Capilla

mayor del Convento de Jesús, bendecida por D. Francisco de León, Obispo de Fez en 1498, Alonso de Golfín, y que destruído por las monjas en 1742 para sustituirlo con uno de churrigueresca talla, siguiendo la manía modernista á la sazón vigente, «porque hacia disonancia, decían, con los colaterales de talla dorada á la moda», dió origen á un curioso pleito ante el Tribunal eclesiástico, sobre reposición en el nuevo retablo de los cuatro escudos de armas de los patronos, que estaban colocados en el antiguo, y por el cual sabemos que el primitivo retablo era de *cuadros* en tabla, en uno de los que, estaba *pintada una Santa*, á la que el fundador encarga en su testamento, otorgado en Granada el 22 de Febrero de 1501, se le diga una misa.

Quizá formara parte de ese retablo, el tríptico en tabla, de la escuela germánica, que hoy posee el Conde de Torre-Arias, sucesor del patrono Alonso Golfín, y representa, en la tabla central el nacimiento del niño Jesús, titular del convento, adorado por su madre, tres ángeles y los pastores, en el *volet* derecho á San Antonio, de quien el fundador fué gran devoto y le erigió la ermita de la Quebrada, y en el de la izquierda el nacimiento de la Virgen; ó alguna de las tablas de *Luyño* ó de *Correa*, que también guarda en su galería dicho procer cacereño, procedentes de sus mayores.

Poco posterior á éste, fué el de la iglesia del hospital de Sancti-Spíritus, en la calle de su nombre, construído á expensas de Juana Fernández de Escobar, mujer de Diego Martínez de Escobar, que como los dos anteriores, debió contener tablas del viejo estilo flamenco, tan generalizado á la sazón en los reinos de Castilla; y cuyas características según el citado crítico C. Justi: «son formas cenceñas, de contornos ó perfiles acentuados y rico colorido con toques de oro; variados tipos y usos provinciales y detalles tomados de la industria y el traje contemporáneos; exposición dramática de las leyendas, y muy á menudo un modo absolutamente original de narrar los episodios bíblicos».

Otro retablo, de la décimasexta centuria, y también como los anteriores lastimosamente destruído, era el de Santa María del Salor, Santuario sito en antigua jurisdicción de Cáceres, entre Torrequemada y Torremocha, que según afirma Gil González Dávila en su Teatro Eclesiástico de la diócesis de Coria, está erigido en el mismo lugar en que se apareció la Virgen al vaquero Gil Cordero, para revelarles el en que estaba oculta la imagen que se venera en Guadalupe. De este retablo, al menos, consérvanse las sendas escrituras otorgadas en esta Ciudad ante el escribano Cristóbal de Cabrera, el domingo 7 de

Febrero de 1557 entre el Regidor Alvaro de la Cerda en nombre del Concejo y el pintor *Lucas Holguín* y el entallador *Francisco de Santillana*, para la obra, cuyas condiciones, que nos permiten reconstruirlo mentalmente, fueron estas:

«Las condiciones q a de aber en la pintura del Retablo de nra. Señora de Salor son las siguientes: Ql pintor q lo tomare sea obligado en los quince tableros de hacer las ystorias q agora tiene el dicho Retablo (o las q. le pidieren) pintadas al olio labradas dos vezes en los tableros bien Aparejados como conviene á la obra.

»Y así mismo a dorar toda la talla que en la talla se muestra y meter colores y encarnaciones como a la talla conviene | y la ymagen dorar las ropas y encarnar y unas cosillas gravadas en la Ropa y caja ó tabernáculo de azul y sus púrpuras a donde conviene de oro

»y asimismo digo que los cuerpos de la talla ande yr de azules y blancos en frisos y pedestales y colunas y las frontas de carmines y verdes sobre plata.

»y todo lo haré a vista de oficiales q lo entiendan uno de mi parte y otro de la yglesia y pagaré la mitad delo que me cupiere de las costas *de los tasadores* por precio de treinta mil mrs. | y si tasaren menos q lo buelva y q si tasaren mas de seys mill mrs: (que se me pague) y si fuere dende arriba de treynta y seys mill mrs. (y si fuere su voluntad q me lo Restituyan y dela otra manera no | lo qual daré hecho en fin de Setiembre dandome un tercio luego y otro de mediada la obra y el otro tercio des qste acabada, y daré fianza bastante para ello y porque ansi lo cumriere lo firme de mi nombre=Lucas Holguín».

Y las de la talla: »3.º En cuanto al alto tendrá toda la obra con remates seis varas y media desde el altar hasta encima del remate mas alto (que es la venera).

»4.º La madera de pino de arenas, etc.

»5.º y así mismo la figura de nra. Señora q. a de yr en medio del Retablo a de ser de nogal ó peral bueno de buena hebra y sea ya de traer la ymagen un niño en brazos y así mismo a de Aderezar los tableros lo que fuere menester | otra tabla | o renovar que sea obligado | el entallador Adarlo hecho sino ubiere | así conforme á arte como á contento del señor Alvaro de la Cerda y oficiales del Concejo | y del pintor q. lo pintare porque entiende lo que conviene a la pintura.

»Todo esto se hara conforme á una traza | q esta firmada del S. Alvaro dela Cerda.

»todo se hara a vista de maestro que lo entienda uno de parte dela Iglesia y otro del que tomare la obra, la qual obra a de dar asentada á su costa llevándola a la yglesia el dicho concejo | o mayordomo y que el dicho mayordomo sea obligado a dar de comer mientras se asienta como es uso y costumbre y que si telar fuere menester que lo haga el Oficial á su costa | digo trabajo y madera que no sea la yglesia obligada mas de á dar de comer como dicho es.

»La qual dicha obra como dicho es a de dar hecha para el dia de nuestra Señora de Agosto de este año de 1557 asentada un mes mas ó menos y por todo esto (que dicho es se a de dar | si yo lo tomare) veinte mil mrs. y si despues | q. hecho los tasadores dixeren vale mas | que no se mede y si menos que sea obligado a bolberlo y un dos mil mrs. mas y para esto que dicho es dará fianzas las bastantes | y las pagas sea de dar por tercios, uno para començar la dicha obra y otro tercio que esté hecha la mitad dela obra y el tercio postrero quando este asentado el dicho retablo.

»Y asi mismo digo q dela talla vieja *haré un retablico pa* la ymagen vieja (debajo tachado «que haria un tabernáculo ó retablico para el altar que dicen ser viejo, ó de la imagen vieja que está agora en el dicho retablo mayor»).»

»Y asi mismo que cuando al tiempo que dicho es y no lo cumpliere q ami costo se haga y cumpla como mejor visto les sea.—Alvaro dela Cerda.—Xtobal de Cabrera.—Francisco Santillana.—Entallador.»

Tiene estos documentos, aparte de las noticias técnicas, que con encantadora ingenuidad nos exponen, el valor inestimable para nuestro objeto, de revelarnos la existencia de dos artífices completamente desconocidos, avecindados en Cáceres, y á juzgar por sus apellidos, nacidos en ella.

Del uno, de Holguín, nos hablan también las cuentas de fábrica de la Iglesia de Santa María en esta forma:

Cuenta del Mayordomo Gutierre de Solis

AÑO DE 1546.

«Descargo: que dió á *holguin* pintor quince reales porque aderezo el monumento de papel para que pudiese servir.»

Cuenta del Mayordomo D. Francisco Andrada y Quiñones.

AÑO DE 1586

«It. se le descargan ocho reales que parece pagó á *Holguin*, pintor,

por pintar la vela para el Ilustrísimo de Coria la fiesta de la Candelaria, no hay carta de P.^o por ser cosa poca y tan pública.»

No debió de andar muy medrado de recursos *Lucas Holguín*, por cuanto se veía obligado, por aquel entonces, para atender á su subsistencia á sacar doce fanegas del trigo de la Alhóndiga, que por escritura otorgada ante el Escribano Diego González en 1549, se comprometió á devolver á razón de siete reales una.

De Francisco de *Santillana* tampoco sabíamos nada; mas después de las escrituras que dejamos transcritas hay que reconocerle como verdadero escultor, pues sólo así se atrevería á llevar á cabo la obra contratada, que por otra parte de no tener aptitudes y práctica notorias, seguramente no se la hubiera confiado el Concejo.

Si bien en las cuentas de fábrica, ya mencionadas, y que son manantial abundoso de datos para nuestro estudio, no se le nombra, aparecen no obstante otros *Santillanas*, entalladorès, que por las fechas de sus trabajos pudieran ser hijos y discípulos del Francisco. En las cuentas del Mayordomo Melchor Ulloa de la Cerda correspondientes al año de 1574, se data esta partida: «A *Benito Pérez* y su criado, y á *Juan de Santillana* por labrar á jornal el candelero de las tinieblas, 3.162 mrs. En las de Diego de Godoy del año de 1578, hay otras partidas que dicen: «A *Santillana*, entallador, quatro reales por aderezar un banco y algunas piezas de la Custodia». «It. 32 reales y cinco mrs. y medio de jornales, tres días de *Santillana* y su hijo por aderezar los cajones de la Sacristía»; y en las del Mayordomo Ulloa, del año de 1580, existe la partida siguiente: «Pague á *Santillana*, entallador, y á *Micael Mariño*, escriptor de libros de las tablas de las palabras de la Consagración y las oraciones del vestuario que hicieron ambos, 952 mrs.»

De la misma época, aunque algo anterior, de 1540 á 1550, era el de la antigua ermita de las Erguijuelas, que costeó Diego de Ovando de Cáceres, el Mayorazgo, también de tablas pintadas, atribuídas á *Morales*, que poseen hoy los herederos del Marqués de Camarena; y próximamente en los últimos años de la misma centuria, debió construirse el de la Capilla de San José, que en la iglesia conventual de San Pablo sirvió de panteón á los Aldanas, que tienen allí, empotrados en sus muros laterales, sendos sepulcros, de gusto gótico conupial el de la izquierda en que reposan las cenizas de D.^a Inés de Aldana, segunda mujer de Hernando de Monroy, *el Bezudo*, tan mentado en las crónicas extremeñas por sus rivalidades con su primo el *Maestre* de Alcántara D. Alonso de Monroy, y platerescos los dos de la derecha ó epístola, ocupados respectivamente, según rezan los epitafios, por

D. Francisco de Aldana, hijo de D. Lorenzo de Aldana y D. Alvaro de Aldana hijo de D. Alvaro de Aldana.

Forman dicho retablo, un basamento, sobre el que se alza una hornacina, donde está la efigie del Santo titular, de talla de escaso mérito, flanqueada por cuatro columnas de orden compuesto, dos á cada lado, que sostienen escúdos con cinco flores de lis, idénticos á los que ostentan los sepulcros y la clave de la bóveda, rematando la composición un ático, en cuyo campo y sobre una tabla, en que aparecen pintados la Virgen y el discípulo amado, se ostenta un pequeño crucifijo de talla. En el basamento ó zócalo, hay cinco pequeñas tablas que representan, del lado del evangelio al de la epístola y por este orden, á San Isidoro, vestido de pontifical; San Fernando, con armadura y manto real, contemplando un crucifijo, que sostiene en su mano derecha; Cristo desnudo, apoyando el pié izquierdo sobre un cráneo humano y abrazado á la Cruz, con la que huella y sujeta la cabeza de una serpiente (esta tabla sirve de puerta al sagrario); Santa Catalina y San Benito abad. En el intercolumnio de la derecha, dos tablas en que están pintados, en la de arriba el gran San Agustín y en la de abajo Santo Domingo de Guzmán; y en el de la izquierda en la tabla superior, San Bernardo de Claraval y en la inferior San Francisco de Asís.

Ninguna de las tablas contiene firma ni otra indicación de autor, pero á juzgar por el colorido caliente, la amplitud y redondez de las figuras y lo minucioso de la ejecución, las consideramos obra de algún *manierista* provinciano, á quien las influencias venecianas habían hecho olvidar su peculiar estilo.

De las mencionadas cuentas parroquiales de Santa María, tomamos también las siguientes partidas, que nos dan á conocer los nombres de otros varios artistas de quienes ninguna noticia teníamos:

Pintores y doradores.

«1569—di á *Solano*, pintor mil y quin.^s y diez mrs. porque doró la Imagen de la acensión de nra. S.^a que se trae en las procesiones la qual iguale con *Solano* en trece myll mrs. y la resta que dió El señor Cura que lo dieron algunas señoras en limosnas para el dicho efecto.

»En 28 de Enero di á *Antonio Alfran* 66 rs. para ayuda de camino cuando vino de Sevilla á poner el dorado del retablo y lo puso: (al margen pintor que puso el dorado del retablo).

»1583—It. se descarga diez reales que pagó á *Ribero*, pintor, por su trabajo de pintar la vela que se dió á su señoría Ilma la dicha fiesta.

»1587—A RIBERO, pintor, por pintar la vela etc., diez reales.

» 1599—A GASPAR GALLEGO, pintor, diez reales por *iluminar* la vela blanca que se da el día de la Purificación de 1.600 á su S.^a

De este *Ribero*, dió noticia el Sr. *Martí y Monsó*, en su conocida obra, como uno de los peritos que intervinieron por parte de los patronos en la tasación del retablo de Santiago, en el pleito con los herederos de Berruguete.

Herreros.

« 1551—Que pagó á CERVIGÓN el cerrajero tres ducados por un leñil de fierro labrado, é un real que dió al oficial que lo tasó.

» 1552—It. un real á SANTA CRUZ, latonero, por unas armas que hizo á la lámpara pequeña.»

¿Fué este maestro CERVIGÓN, á quien se le cita en otras cuentas como herrero de la Iglesia, el que hizo el púlpito gótico que perteneció á la Iglesia del extinguido Convento de Jesús y hoy admiramos en la parroquial de Sta. María? ¿Fueron obra suya los clavos y llamadores de la puerta principal de la casa, que fué de los Marqueses de la Isla? No lo sabemos, pero á juzgar por ambas obras, no se puede negar el nombre de artistas á los que las llevaron á cabo.

Aun cuando construida en Peñaranda de Bracamonte, bien merece mencionarse aquí también la hermosa y policromada reja, de estilo plateresco y repujados medallones labrada allí en 1563 por el maestro cerrajero Pedro Núñez para la Iglesia de Santiago de esta Ciudad, que en nada desmerece de las que tanta fama dieron á los insignes rejeros *Francisco de Villalpando* y *Juan Bautista Celma*, sus contemporáneos.

Bordadores.

Fué el bordado, entre las artes suntuarias, la que alcanzó su mayor florecimiento en España, en el siglo de que nos venimos ocupando. En Toledo, en Guadalupe y en Ciudad Rodrigo, célebre esta última por sus bordados en canutillo de oro y dibujos gótico-muzárabes, únicos y exclusivos suyos, según la autorizada opinión del P. Sigüenza, se ejecutaron los prodigiosos ornamentos sagrados, con figuras de santos en colores que igualaron, si en ocasiones no superaron, á las tablas de los pintores coetáneos, y hoy constituyen los tesoros de dichos Templos. En modestas Iglesias de esta región, en Hoyos, Gata, Descargamaría y Villamiel, hemos conocido nosotros ternos con fajas de figuras bordadas en sedas de colores y accesorios arquitectónicos de estilo plateresco, que eran artísticas joyas, algunas ya desaparecidas, queremos creer, que satisfacer necesidades sentidas, á que la

escasa dotación de las fábricas parroquiales no podía dar debida solución. En la Catedral de Plasencia se conserva uno de damasco verde del mismo orden y estilo, y en Guadalupe tres frontales, dos del siglo xv, varias capas plubiales, y sobre todo un paño para la cruz procesional, que constituyen verdaderas maravillas en su género. No tiene, pues, nada de extraño que, en Cáceres se cultivara también el bordado que pudiéramos llamar de imaginería y el de Ciudad Rodrigo, y de ello dan testimonio las tan citadas cuentas de Sta. María, en las que se cita como bordador á *Pedro de Plasencia* en 1569, á quien se le pagaron «dos reales y medio por hazer un frontal de carmesí y de *Santiago*.»

En las del año de 1574 se citan también como bordadores á *Ferónimo Ruiz* y á *Tomás de Madrigal*, diciendo de este último: «It. más se me descarga ocho ducados que di á Tomé de Madrigal, bordador por el adereço que hizo en la çanefa de brocado de ymajineria, y dile tambien veinte reales porque hizo diez varas de fluecos y puso los matizes y puso el aforro de bocaçi á la çanefa»; y en las de 1576 se le abonan al mismo Tomás de Madrigal «806 reales, que llevó por aderezar la capa rica y hacer las dos dalmáticas blancas y otras dos más, á razón de cinco reales diarios, habiendo costado el terciopelo azul para estas dalmáticas á tres ducados la vara: y 306 reales más por bordar la cenefa de la casulla blanca y hechura de un frontal.»

Obra quizá de alguno de estos artífices, ó quizá producto de los talleres jeronimitanos de Guadalupe, debió de ser el hermoso terno rojo, que hoy conserva la Catedral de Coria, gracias á la acucia de nuestro buen amigo y querido colaborador D. Eugenio Escobar, á la sazón Gobernador eclesiástico de la diócesis, procedente del antes mencionado Convento de monjas de San Pablo, en Cáceres, de aquella orden, cuyas figuras bordadas en sedas de colores, especialmente un San Jerónimo, llaman poderosamente la atención de los inteligentes.

Para documentar este estudio y que, nuestros lectores puedan además apreciar la extensión de estas obras artísticas, hasta los más humildes pueblos de esta provincia, creemos conveniente copiar aquí la descripción de algunos ornamentos, que en el año de 1591, poseía la modesta iglesia parroquial de Valverde del Fresno, tomándola del inventario que figura en el libro viejo de visitas, que se conserva en su archivo. Dice así:

«MANGAS DE CRUZ

Una manga de Cruz, de terciopelo carmesí, bordada de oro con la Imagen de S. P.º et S. Juan Baptista, et nra. Sra. et S. Juan Evan-

gelista, con flocaduras de seda blanca, azul et verde, con el remate de terciopelo azetum e quatro cordones de seda de Granada, con sus borlas. Es vieja y sirve para las procesiones—animas.

»Otra manga de terciopelo negro, con las insignias de muertes, güesos e calaveras, bordada de rraso amarillo y cordoncillos.

»Otra manga Rica de terciopelo carmesí... con los cuatro evangelistas e sus encasamientos, bordados de oro e matizes.»

Por cierto, que en las cuentas de esa misma iglesia del año 1595 se cita también al antes nombrado, *Tomás de Madrigal*, como bordador y vecino de Coria, á quien se le pagan una capa de damasco blanco y una casulla de damasco verde, que hizo para la misma.

DANIEL BERJANO.

(Concluirá.)

LOS CANTOS DE LA AMADA

I

AL AMOR DE LA LUMBRE

Ya que el cielo es brumoso, para endulzar la tarde
sentémonos, amada, junto al calido hogar.

Mientras la leña seca en viva llama arde,
nosotros, extasiados, la oiremos crepitar.

Irá la nieve, fuera, borrando los senderos,
dejando sobre el bosque su nítido blancor...

Yo, en tanto, hermosa historia de amores lisonjeros
te contaré, y su trama te ahuyentará el dolor.

Una historia en que riele la luna sobre un lago
sereno, transparente, tesoro de un jardín,
que esconda entre sus frondas, de aroma dulce y vago,
de una gentil princesa el rico camarín.

Una historia, que exhale perfume de violeta,
que llene de emociones tu pecho virginal;
dicha con el acento sentido de un poeta
romántico, que canta su estrofa de cristal.

Y antes de que la noche nos dé su fría caricia,
para borrarte, amada, la penosa impresión,
te diré los secretos, que guarda con codicia,
de mis castos amores, mi ardiente corazón.

MANUEL MONTERREY.

Badajoz, 1907.

DIPLOMATICA REGIONAL

CARTA PRIVILEGIADA DADA Á LA CIUDAD DE LLERENA POR EL MAESTRE DON
LORENZO SUAREZ DE FIGUEROA.

En llerena miercoles diez e siete dias de Junio Año del nascimiento del nro Salvador Jhuxpo de mill e trescientos e noventa e qtro dias este dia ante Jua Sanchez alcalld dlla dcha villa E en presencia denos los esuanos publicos dlla dcha villa q adelant firmamos nros nobrs e delos testigos dyuso esptos q pa esto fuero llamados e rrogados paresció p peres mayordomo del concejo desta villa de llerena E mostro e fizo leer por nos los dichos esuanos vna carta de nro señor e maestre don lorenço suares de figueroa q dios mantenga espta e papeles firmada de su nobre e sellada co su sello de cera en las espaldas la ql era sana e no rota ni rrayada ni ¿casa? ni chaçellada ni en alga pte sospechosa segu parescia por ella en la parte vista E dixo ql dicho concejo E el e su nobre qse entendia aprouechar dlla dicha carta pa enbiar acasa del dicho Señor maestre q es enla corte de nro Señor el Rey. Ioat primero en q rescelaua q sele podia perder por fuego ó por agua ó por otras ocasions e Pedia ende por estar el derecho del dicho concejo e suyo en su nobre e pedio al dicho alcalld q diese liçencia e abtoridat e mandamieto a nos los dchos esuanos dyuso cotenidos pa q tsladasemos e feciesemos sacar vn tslado o dos o mas dlla dicha carta dyuso espta e q altslado o tslados q dlla sacasemos o feciesemos sacar el dcho alcalld diese obtoridat e deqreto pa q valiese feciese fe e juyzio e en todo lugar do paresciere asy como el original mesmo. E el dcho alcalld por q la dcha peticio era e es justas E derecha dixo q mandava e mando a nos los dchos esuanos q tsladasemos efeciesemos tslaar la dicha carta e al tslado o tslados que nos dlla sacasemos o feciesemos sacar q daua e dio obtoridat e decreto p q valiesen e faga fe en juyzio e en todo lugar q paresciere asi como el original mesmo. E pa esto entrepuso su decreto segut dcho es al tslado dlla dcha carta palabra por palaura e no mudado la sustacia dlla ddat e el su tenor dlla es este q se sigue. Don lorenço Suarez de figueroa, po la gra de dios maestre

dla orde dla cauallya de Stago al concejo e alcall e omes buenos dla
 nra villa de Ilerena nros vasallos Saludamos aqillos pa qen queremos
 q dios diese onra e buena vendicion facemos vos sabed q vimos la
 carta que nos enbiaste co alfon frs e fernan gz vros mesageros e las
 petitions q por ellos nos enbiasts e a lo q nos enbiasts pedir por mer-
 ced q vos cofirmasemos uro fuero e uros pullegios buenos usos e bue-
 nas costubres q syepre ouist e tpo dlos otros maestre nros antecesore
 a esto rrespondemos q nos plasze de uos los confirmar e confirmamos
 vos los e mamos vos q vos sean trdados e todo bie e coplidamente
 segun q llos se contie. E alo otro q nos obiasts pedir por merced q
 vos cofirmasemos la mced que uos fizo el maestre don Frn Osores
 nro antecesor q dios perdone del trmo de magilla en q pastads e cor-
 tads e caçeds e pesqueds en dcho tmyno aesto respondemos q nos
 plaçe deuos la cofirmar e cofirmamos vos la pa q vsedes del dicho
 tmyno segut vsasts e tpo del dcho maestre e lo pasteds co uros gana-
 dos e corteds e caçeds e pesqds grdando su dehesa (.....) e
 sus panes e sus viñas e huetas e a lo otro q nos enbasts pedir mced
 en q ns dieseemos nras cartas a nygas psonas q no pague pechos co
 nros otros. aesto respondemos q nos plaçe e daremos lo mas q pode-
 remos e daremos las mas pates (.....) q nos podieremos.
 E a lo otro q nos enbasts pedir por merced q vos mandasemos grdar
 la franqza q vos fizo el mi antecesor ga Fns nro pmo q dios perdone
 e rraçon dlos q matuviesen caualllos e asnos q fuesen francas sus po-
 sadas de posaders. desto respondemos q nos ordenaremos constos ca-
 uallos po razo lo q cuple a nro fuero e a pro e a guarda desta villa. e
 otrosi a lo otro q nos enbat pedir por merçed q uos cofirmasemos la
 merçed q vos feciera el dcho maestre don Ga frs q vos no demanda-
 semos pedido nyguno. aesto respondemos q si el Rey no nos madare
 rescibir po q lo hayamos grant menester de nos puir de vos q vos lo
 no demadaremos. E a lo otro q nos ebasts pedir merçed q el nro al-
 call mayor q no libre pltos ensa villa no estando nos y ensa villa. a
 esto rrespondemos q nos plaçe de vos lo grdar e mandamos q vos sea
 grdado. E otsy alo q nos ebasts pedir por mçed q cofirmasemos las
 cartas dla iglia de sta mya desa dicha villa. aEsto respondemos q nos
 plaçe e cofirmamos glas. E a lo q nos ebasts pedir la mçed en rrazon
 dlas (¿lievas?) de Estepa e de benamexy q no pagaseds mas dlo q so-
 liads pagar desde el tpo del maestre don Frra Osores aca. aesto rres-
 pondemos q nos plaçe pa q nos remediemos q es poblamiento dla nra
 trra e pa q los nros vasallos lo pasen bie. E madamos q de aq adelant
 no pagueds mas en las (¿lievas?) E po aqui esta nra carta madamos E

defendemos firmment q ninguno ni algs no sea osados de vos ir ni pasar cotra estas mçeds q vos nos facemos ni cotra pte dllas ca cualquier qlo fecier si freyre fuese demandar glo iemos co dios e co orde e al seglar al cuerpo e a lo q en este nos tornariemos por ello. E desto vos mandamos dar esta nra carta sellada co nro sello en q estampamos nro nobre. Dada en la nra villa dlla Fuent del maestre ocho dias del mes de novebre año del nascimieto de nro salvador iesuxpo de mill e trescietos e ocheta e siete años nos el maestre. fecho e sacado este Estado cola dicha obtoridat en la dicha villa de llerena enl dicho dia miercoles diez e siete dias de junio año dicho de mill e trescietos e noveta e quatro años—Testigos q a esto fuero presentes e viero la dicha carta onde este Eslado fue sacado e lo concertaro colla Miguel Martinez e Alfon Gonzalez de Cáceres e Ruy Lopez esuano e Jua pablos e Jua Ossores, e yo Jua Schez alcall e yo Martin maestro esuano a esto q dicho espto fui y vi la dicha carta del dicho señor maestre en tslado fue sacado á Ex.della fui testigo

Yo Alfon Gz esvano publico dlla.

Por la copia,
C. DEL C.

POETAS LUSITANOS

SONETOS DE ANTHERO DE QUENTAL

IDEAL

Aquella que yo adoro no está hecha
de lirios ni de rosas purpurinas;
no tiene formas lánguidas, divinas,
como la Venus de cintura estrecha.

No es Circe, cuya mano con sospecha
hace filtros mortales entre ruínas;
ni la Amazona que á las crines finas
de su corcel se agarra, satisfecha...

A mí mismo pregunto y nunca atino
con el nombre, que dar á esa beldad,
que ya muestra, ya esconde mi destino...

Es como un espejismo que entreveo;
ideal que nació en la soledad,
nube, sueño impalpable del Deseo...

ESTOICISMO

Tú, que no crees, ni amas, ni esperas,
espíritu de eterna negación,
tu hálito heló mi corazón
y destrozó mis bellas primaveras...

Atravesando regiones austeras,
llenas de noche y cava cerrazón,
solo oigo, como en un mal sueño, un son
de negación, que cruza las esferas...

¿Por qué suspiras? ¿Por qué te lamentas,
cobarde corazón? – En vano intentas
oponer á la Suerte el egoísmo.

Deja á los tímidos y soñadores
las vanas esperanzas, sus fulgores...
¡Sabe afrontar sereno, tú, el abismo!

CONTEMPLACIÓN

Sueño, abiertos los ojos, caminando,
no entre las formas y las apariencias,
sino viendo la faz de las esencias,
entre ideas y espíritus husmeando...

¿Qué es el mundo ante mí?... Humo ondeando,
visión sin ser, fragmentos de existencias...
una niebla de engaños é impotencias,
sobre el vacío insondable, cabalgando...

De entre la sombra y niebla universales
solo viene un rumor de ayes mortales...
Es la queja, es el lúgubre gemido
de las cosas, que buscan ciegamente
entre la noche y dolorosamente,
otra luz, otro fin ya presentido...

VOZ INTERIOR

Embebido en un sueño doloroso,
entre fantásticas fulguraciones,
tropezando en un pueblo de visiones,
se agita mi pesar tumultuoso...

Con un bramar de mar tempestuoso,
que arroja hasta los cielos sus cachones...
á través de una luz de exhalaciones
circúndame universo monstruoso...

Un ay sin fin, un trágico gemido
sin cesar repercute en mi oído
con horrible, monótono vaivén?...

Solo en mi corazón, como un abismo,
no sé qué voz, que he de extrañar yo mismo,
en secreto protesta y cree en el Bien!...

SOLEMNIA VERBA

Dije á mi corazón: ¡Mira por cuántos
vanos caminos vamos!... Considera
desde esta altura trágica y austera
los yermos, que regaron nuestros llantos...

Polvo y cenizas donde hubo encantos!
Y noche donde luz de primavera!
Mira á tus pies el mundo, y desespera,
¡oh sembrador de sombras y quebrantos!...

No obstante el corazón, hecho valiente
en la larga tortura repetida,
y en el lento tormento hecho creyente,

respondió: de esta altura veo el Amor!...
 No viví en vano, si esto fué la vida...
 ni en vano el desengaño y el dolor.

VISITA

Orné mi cuarto con la flor del cardo;
 perfuméme de almizcle rescendente;
 vestime con la púrpura fulgente,
 ensayando mis cantos, como un bardo.

Las manos y el semblante unguí de nardos
 crecido en los jardines del Oriente,
 por recibir con pompa, dignamente,
 misteriosa visita á quien aguardo...

Mas ¿qué hija de rey, qué ángel, qué hada
 era esa que así hacía mi venia,
 de mi choza á la húmeda morada?

Ni princesa, ni hada. Era ¡oh flor!
 tu recuerdo de luz, el que batía
 á las puertas de oro de mi amor!...

¡MÁS LUZ!

Ame la noche el flaco crapuloso,
 el que sueña en mujeres imposibles,
 los que se inclinan mudos é impasibles,
 al borde del abismo silencioso...

Tú, luna, con tu rayo vaporoso
 cúbrelos, y haz que sean insensibles,
 tanto á los vicios más inextinguibles
 como al largo cuidado doloroso!

Mas yo amaré la santa madrugada,
 el mediodía, rehirviendo en vida,
 la tarde rumorosa y reposada,

Vivo y trabajo en plena luz, después
 séame dado ver, á mi partida,
 ¡el sol, que amigo, de los héroes, es!

EL PALACIO DE LA VENTURA

Sueño que soy un caballero andante,
 por el desierto, al sol, en noche oscura.
 Paladín del amor, busco anhelante
 el palacio encantado de Ventura.

Mas ya desmayo, exhausto y vacilante,
 la espada hendida, rota la armadura.
 ¡Y he aquí que lo avisto fulgurante,
 de súbito en su aérea hermosura!...

Llamo con ruido á su portón cerrado...
 Yo soy el nómada desheredado...
 Puerta de oro, ¿á mis ayes te abrirás?...
 La puerta de oro se abre con fragor.
 Y dentro encuentro, lleno de dolor,
 silencio, oscuridad... y nada más.

Traducciones de
 ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

Madrid 25 Mayo 1906.

— — — — —
 — — — — —

CRÓNICA REGIONAL

~~~~~

El año es nuevo, pero no queremos vida nueva; con que Dios alargue la que llevamos, le seremos agradecidos.

Ya lo saben los lectores: sin irse de casa, cambió de postura, no de sitio, Publio Hurtado é impuso el cambio de postura de Daniel Berjano; este nuestro nuevo director, identificado con aquél é identificado con todos nosotros, los que ya de antiguo ponemos afectos entrañables en esta REVISTA, tiene merecimientos, aptitud y voluntad bastantes para la difícil sustitución del insigne literato—lo estimo y lo voceo tal—que la procuró.

La REVISTA DE EXTREMADURA, es lo que era y sigue como fué, aunque en el interior de su masa haya una dinámica molecular, que no altera la sustancia ni la forma.

Somos los de ayer y somos lo que seremos mientras tengamos vida, sin prescindir de las evoluciones del tiempo, que nosotros no confundimos, ó yo el cronista no confundo, con las que se llaman evoluciones de las especies.

\*  
 \* \*

Voy ya á los sucesos regionales que, la crónica debe anotar en el mes que se acaba, y el primero por su destaque, por su extraordinaria importancia, ha sido la triste celebración de la muerte del poeta insigne José María Gabriel y Galán

Puntualizando el decir, debe leerse conmemoración solemne, donde dije celebración.

El día seis del mes que está terminando, al escribirse esta crónica, se cumplieron dos años de la muerte del poeta y ya los papeles públicos, de más frecuente aparición, han hecho reseña expresiva del caso.

Admiradores y amigos del muerto ilustre quisieron rendir mere-

cidísimo culto á su memoria, y allá se fueron á celebrar una Misa de sufragio, á rezar un responso en el Campo-santo donde está enterrado y á descubrir una lápida conmemorativa colocada en la casa donde murió, cuyo facsímile *a. p. r. m.*, es éste:



En esta ligerísima referencia, única cosa que puede hacer el cronista en este sitio, no cabe poner otra nota que una verdadera oblata espiritual en el sufragio celebrado.

Galán tuvo una vida literaria brevísima, que ha sido muy festejada, sin duda, aunque todavía nadie en sentir del cronista, la haya concedido de manera justificada, con documentación lógica y literaria, toda la estimación que merece.

No es aquí, naturalmente, donde debe hacerse este estudio de la obra poética de Galán, que se reveló en *El Periódico* y en esta REVISTA, pero conste que, aunque impuesta por su mérito positivo, todavía no se han apreciado bien todos sus quilates, ó yo al menos no conozco una sola cabal apreciación.

La REVISTA DE EXTREMADURA se adhiere con el alma al homenaje que se hizo, á despecho de cuantos censores hubiera, y los hubiese. La difícilísima naturalidad de Galán y su fácil decir no valen tanto como valen para los que celebran y aplauden más á un payaso que á un gimnasta, para los que, no se fijan en que la contorsión es siempre muchísimo más fácil que el equilibrio.

En fin, anotados ahora el aniversario y el merecidísimo homenaje, si Dios me da vida, salud y humor, hablaré más despacio ó con más calma de estas cosas y este asunto.

¿Cuándo se acordarán los cacereños de homenajar, como á Gabriel y Galán, al Cantor de la Montaña y eximio dramaturgo ANTONIO HURTADO, nacido y criado en esta noble Ciudad? Obra sería esta de estricta justicia... y de redención del pecado de omisión cometido por sus coetáneos.

\* \* \*



Honor y satisfacción recibió, también Extremadura, con la visita á su legendario santuario de Guadalupe, de S. A. el Príncipe viudo de Asturias, que en rauda automóvil y acompañado de su hermano y varios magnates, llegó á la Puebla de la Virgen, y después de orar ante la histórica imagen y conocer, de prisa, las riquezas artísticas, que el templo atesora y requieren largas horas, para su detenido examen, estuvo cazando en las anfractuosidades de las Villuercas tres días, regresando á la Corte dejando la promesa halagadora, de gestionar que nuestros reyes, siguiendo las huellas de algunos de sus antecesores, vengán á conocer la que, si Covadonga fué la cuna de la Reconquista, hay que proclamar como la generadora y madre de la unidad nacional.

El amor del rey á la tierra, decía *Alfonso X el Sabio* «es en dos maneras: la una en voluntad, la segunda en fecho. La que es en voluntad, debe ser, cobdiciando que sea bien poblada é labrada é plazerle siempre que aya en ella buenos tiempos. La segunda, que es de fecho, es... mandar labrar Puentes é Calçadas, é allanar los passos malos, porque los ombres puedan andar, é llevar sus vestias, é sus cosas desembargadamente, de un lugar á otro; de manera que las non pierdan en los pasajes de los Ríos, ni en los otros lugares peligrosos, por do fueran».

Seguramente, que si nuestros reyes y príncipes visitaran despacio nuestra tierra, se asombrarían al ver que estas palabras, dictadas por el hijo de San Fernando en el siglo XIII para gobierno de sus sucesores, sean el espejo fiel de la región extremeña en pleno siglo XX: y dígalo si no el proyectado (hace 50 años) puente sobre el Tajo, en la carretera de Salamanca á Cáceres. Verdad es que así los poderosos que muellemente viajan de Lisboa á Madrid en el confortable rápido, pueden darse el gusto de ver al pasar por el férreo puente las casi prehistóricas barcas, que con riesgo y peligro de los transeuntes y de sus carros, carruajes y caballerías los transportan, cuando les dá la gana, de una á otra orilla, gástándoles el dinero y la paciencia.

No en balde es la Extremadura la *Cenicienta* nacional.

\* \* \*

Carolina Coronado, la más ilustre extremeña, la insigne poetisa que desde su retiro de Mitra (Portugal) levanta aún su voz inspirada, ha remitido á *La Epoca* con ocasión del nuevo año una hermosa composición en la que con simpáticas nostalgias canta la fe.

Nuestra insigne colaboradora, que tantas veces nos honró con sus trabajos, no debe olvidar á sus admiradores de la REVISTA.

\* \* \*

El día de las Candelas, ya inmediato, se celebrará un baile de máscaras, para el que se imponen los colores nacionales, en el Círculo de la Concordia.

Es mucha la animación que ha despertado esa fiesta, y á juzgar por los preparativos que se hacen, ofrece llegar á la categoría de suceso. Por eso lo registro aquí.

\*  
\* \*

La Comisión organizadora del homenaje á Gabriel y Galán, del que ya he hablado, no ha terminado aún su misión. Parece ser que existe el propósito de editar un libro, en el que se junten poesías escogidas del mismo, como tributo que la amistad rinde á su memoria.

Es una feliz idea que merece aplausos.

\*  
\* \*

La Granja agrícola de Badajoz ha sido transformada en Escuela experimental con pensionado de obreros.

Este hecho significa, sin duda, un grandísimo adelanto por las ventajas positivas, por el resultado práctico que así producirá el organismo.

¡Pensar que en Cáceres tuvimos una Granja y la tiramos por la ventana!

\*  
\* \*

En la Ermita de la Virgen de la Montaña se celebró el Domingo 27 del actual una solemnísimá fiesta á la Patrona de Cáceres, costeada por la Excma. Sra. D.<sup>a</sup> Petra Fernández Trejo, en la que se cantó el himno á la Virgen formado con los conocidos versos del poeta don Antonio Hurtado, á los que, por iniciativa de la citada señora, se ha puesto una música lindísima y adecuada.

Lo cantaron un bajo y un tenor de la Capilla de la Archidiócesis de Sevilla y lindas señoritas de nuestra ciudad.

La solemnidad fué conmovedora, hubo muchísima concurrencia y en lo profano habría sido un éxito estrepitoso.

Que la Virgen se lo tome en cuenta á la distinguida devota.

\*  
\* \*

Los periódicos de la Corte, al dar noticia de la apertura de la Exposición anual del Círculo de Bellas Artes, mencionan entre los pintores más salientes, que concurren al certamen, honrado por cierto con una *marina* del recién nombrado Presidente del Consejo de Ministros D. Antonio Maura, al ya ilustre frexnense Eugenio Hermoso, que tanta honra y prez está dando á su patria, que mira en él, alborozada al futuro continuador del gran *Zurbarán*, maestro sublime de la sinceridad.

**Antófilo.**

## HONRANDO Á EXTREMADURA

No cumpliría la REVISTA, archivo de *extremeñerías*, uno de los fines que se propusieron sus fundadores, si no recogiese en sus páginas los testimonios de los que de una ú otra manera fuera de aquí, contribuyeran al ensalzamiento de nuestra Región. Nos complacemos por eso en reproducir, traduciéndolo del catalán algo de lo que gloriando á España, escribe el conocido literato y poeta barcelonés, Sr. Pin y Soler, uno de los más conspicuos intelectuales de aquel principado, en el prólogo á las impresiones de viaje, que con el título *Orient* acaba de publicar en Barcelona.

Hélo aquí:

«El español que sabe vidas de hombres, sean de la región que se quiera, se ha de tener por muy honrado, sobre todo fuera de España, de ser del país del colosal Cisneros, aquel monje Franciscano á quien por fuerza hicieron aceptar la púrpura cardenalicia; que regentando los asuntos de un gran Reino, gobernándolo con saber y energía nunca superados, siendo el primer personaje de la Corte, caminaba descalzo, no llevaba camisa, dormía sobre una estera, ayunaba y cumplía rigurosamente las prescripciones de su Orden. Hombre prodigioso que, disponiendo del Tesoro público, hizo estampar á sus expensas la primera Biblia políglota conocida en Europa, piedra fundamental de todo el movimiento científico-filosófico-teológico, emancipador del Renacimiento que hervía, fundador de la Universidad de Alcalá de Henares, cristiano que socorría personalmente á los pobres, guerrero que mandaba en persona empresas militares y tomaba Orán; el último hombre de Estado, de temperamento peninsular, de la madera de los Fernando V y los Pedro IV de Aragón; hombre que no cabía en España, y fué á morir á Roa, ignorado, humilde hermanito de San Francisco; tipo de héroe, cuya vida y proezas fuera empresa patriótica estampar en miles de ejemplares, dándolos de balde por aquí y por fuera de aquí, porque, en verdad, los hombres de la importancia de Cisneros, sus actos, sus virtudes altísimas, deberían ser conocidos de los pastores, de los marineros, de los humildes, para que se sintieran dignos y levantaran el espíritu; de los orgullosos, para que se sintieran modestos y se humanizaran.

»Y una vez *enterados*, no hay medio de no sentirse honrado de ser de la Nación donde nació aquel Hernando de Soto, de Extremadura, generoso, moderado, humanitario, modelo de hombres bien educados, de legisladores espontáneos, de guerreros que, queriendo enriquecer á la Patria española con nuevos Estados, penetraba en lo que se ha llamado la Florida, tierra hasta entonces impenetrada por pies europeos, y se encontraba con pueblos numerosos que se oponían á su empresa, hostigándole, negándole abrigo y elementos, y él y sus

compañeros, yendo por bosques y llanuras, viviendo cuatro años de hierbas y alimañas.. sin equipajes, descalzos, casi desnudos para ahorrar la poca vestimenta que les quedaba, y que pensaban utilizar al ser dueños de algo, ingeniándose, haciéndose estimar por la gente que ocupaba lo que después ha sido Panamá, Bolivia, Guatemala, Nicaragua; tomando poco á poco ascendiente sobre ellos, y por buenos tratos, ardidés de guerra y negociaciones, acabando por conquistar territorios que son Naciones.

»¿A quién puede desagradar ser compatriota de aquel Vasco Núñez de Balboa, que pasando á través de apiñadas tribus de indígenas, escalando montes, hoy día aún inaccesibles para el que no los afronta seguido de toda clase de prácticos, acompañantes y guías, llegó á ver desde sus cimas el brillo resplandeciente de un mar sin límites, descendiendo para tocarlo con sus manos, entrando en el agua, besando las olas, tomando posesión del Mar Pacífico en nombre del Rey de España, personificación de su Patria, personificación de su raza, personificación de lo que era él, de la tierra donde había nacido y donde descansaban sus abuelos?

.....

»¿Quién, recordando á los españoles portentosos, no se siente dignificado de contar entre sus héroes á un Cortés, extremeño, que también era un gentilhombre, un graduado de Universidad, cuya conquista de Méjico no tiene igual en la historia de ningún pueblo, que fundó Veracruz y dió vida á una gran Nación?... A un Pizarro, paisano suyo, espíritu menos culto, pero un macho hercúleo que, asociado con amigos adinerados, emprende los descubrimientos de la América del Sur, y, desautorizado por el gobernador del Istmo, dice á sus compañeros, trazando una raya en el suelo con la contera de su espada, aquellas sublimes palabras: «Quien quiera peligros, salve esta raya y quédese conmigo...». quedándose sólo con trece compañeros fieles, encaminándose juntos, trece y él catorce, hacia regiones desconocidas, sin centenares de negros que les lleven cajas de conservas, como á los exploradores de hoy día; sin esclavos que les lleven cestas de *champagne*, siempre de la misma marca, como me dijo, á mí mismo, Stantey al felicitarle de regreso de su viaje buscando á Livingstone por su buena salud, que él atribuía á no haber bebido agua de ningún sitio:— *I never drank any water in my journeys! Only champagne, this of the same mark*—; sin maquinatas heladoras, ni camas desmontables, ni bañeras de aluminio, ni *parquets* encerados, como lleva un conocido mío, gran funcionario del Congo: belga; sin mapas ni guías; pisando, durante meses, tierras nunca pisadas... acometiendo más tarde la conquista del Perú, fundando Callao, Lima? (1535).»

.....

.....

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

**Aguas potables.**— *Garantías del surtido | é higiene de las dotaciones para los pueblos rurales | Memoria | breviada por la Sociedad Españo-*

*la de Higiene | en el concurso público de 1905 | Escrita por | SANTIAGO ALONSO GARROTE, | jefe de sección de vía y obras | de los ferrocarriles de Madrid á Cáceres y Portugal | y del Oeste de España.*—Astorga, Imp. y lib. de P. López, 1906, 86 págs. en 4.º.

Hoy, que tanto se escribe á troche y moche sobre asuntos puramente imaginativos, que producen más daño que provecho, soliviantando el natural levantisco de nuestra raza, tan propensa á lanzarse al campo infecundo de la fantasía, consuela el ánimo encontrarse con libros como éste, que nos llama al estudio de los agentes naturales que nos rodean y en el que todo es sustancia, sin que por eso se entienda, que su forma y correcto estilo desdican de la importancia que el asunto entraña.

Somos ya legión, los que creemos, que el agua, emblema y vehículo en lo espiritual de verdadera resurrección, aplicada como agente terapéutico ha de producir la tan predicada, como no intentada, paligenesia nacional. Por eso aplaudimos de todo corazón, á los que como nuestro amigo el Sr. *Alonso Garrote* aplican sus relevantes aptitudes á lavar la roña, que siglos enteros de incultura corporal, han amontonado sobre los desheredados de nuestros campos, sedientos sí de protección y enseñanza que les haga triunfar en la cotidiana lucha con el terruño, pero más necesitados aún de lavatorios para sus atezados organismos, y de riego para sus polvorientas explotaciones agrícolas.

Todo eso significa el feliz acierto del eminente estadista Sr. Maura, al instituir el premio, señalando ese tema, que ha dado ocasión al libro que anotamos, donde con galanura de frase y claridad de concepto, se expone de una manera práctica y hacedera, todo cuanto la ciencia y la experiencia enseñan para conseguir de un modo fácil y económico, el alto fin social de que tan necesitadas se encuentran nuestras provincias del centro de España y entre todas más especialmente las extremeñas.

Es por tanto, este pequeño librito, no sólo un verdadero éxito, sino también obra indudable de misericordia su propagación, porque con ella se *dá de beber al sediento*.

**Ateneo.**—*Revista mensual.*—*Homenaje al Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.*—Año I, Núm. XI

Como desagravio de la intelectualidad hispana al gran polígrafo, gloria la mayor y más pura de las letras patrias, dedica esta docta revista, su número de Diciembre último, á testimoniar al *maestro* por excelencia D. Marcelino Menéndez y Pelayo la admiración férvida y el perenne entusiasmo, que despierta en los buenos españoles su prodigiosa labor de sabio, de erudito, de literato, de hombre de bien en el obrar, en el pensar y en el decir.

He aquí el sumario de este notable número:

«HOMENAJE AL EXCMO. SR. D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.  
—*Fragmento de crítica literaria y poesías del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.*—El poema del Cid.—Poesías.—Epístola á Horacio.—Elegía en la muerte de un amigo.—Nueva primavera.—*Dedicatoria.*—Nunca del sol el res-

plandor seapaga... (Poesía, Mariano Miguel de Val.—*Homenaje*, Menéndez y Pelayo juzgado por Valera, Juan Valera.—La explicación, Julio Puyol.—Dos palabras sobre Menéndez y Pelayo, José Echegaray.—Un saludo, Mariano de Cavia.—De artículos publicados, Jacinto Octavio Picón.—El «zaber» de Menéndez y Pelayo, (Fruslería anecdótica), Francisco Rodríguez Marín.—Lope de Vega y Menéndez y Pelayo, Blanca de los Ríos de Lampérez.—Menéndez y Pelayo y la erudición, Juan Luis Estelrich.—Menéndez y Pelayo romántico, A. Rubió y Lluch.—Una lección de Menéndez y Pelayo, Adolfo Bonilla y San Martín.—Dos cualidades de Menéndez y Pelayo, Rafael Altamira.—El poeta de la glosa, Enrique de Mesa.—Menéndez y Pelayo y los estudios de Historia del Derecho, Rafael de Ureña.—Para el historiador de la ciencia española, José Rodríguez Mourelo.—Mi ofrenda, José María Matheu.—Menéndez y Pelayo y la patria. J. A. Galvarriato.—La Biblioteca de Menéndez y Pelayo en Santander, José R. Lomba y Pedraja.—Algunos datos sobre la Biblioteca de Menéndez y Pelayo, «Pedro Sánchez».—Un mensaje de Santander, Pedro Bustamante.—Un mensaje de Cataluña, A. Rubió y Lluch, Joan Maragall, Miquel S. Oliver, J. Massó Torrents, Joaquim Cases Carbó.—J. Pijoan, Joseph Martí y Sabat, Manuel de Montoliú, Joan Givanel Mas, J. Brossa, M. Utrillo, Amadeo Hurtado, Arnau Martínez y Serriñá, Joaquim Pena, Pau Spinola, A. Colomé, Rafael Reyes, J. Cortés Aguiló, Manuel Ventosa, J. Pons y Pagés, J. Carner, Santiago Rusiñol, Gabriel Alomar, J. Torrendell.—Una carta, Juan Antonio Cavestany.—Bibliografía de Menéndez y Pelayo, A. B. GRABADOS: Retrato del Sr. Menéndez y Pelayo, acompañado de su firma autógrafa.—Reproducción de un mensaje de Santander.»

**Enciclopedia ilustrada Segui.**—Diccionario universal con todas las voces y locuciones usadas en España y en la América latina y que comprende, además, extensos artículos de agricultura, arqueología, arquitectura, bellas artes, biografía, botánica, comercio, dramática, derecho, filosofía, física, geografía, historia universal, heráldica, higiene, industria, marina, mecánica, medicina, milicia, música, pintura, política, química, religión, zoología, etc. Contiene también todas las equivalencias en francés, inglés e italiano, del léxico castellano y de la inmensa mayoría de voces de la técnica moderna.—Barcelona, Fotografía-Tipografía-Litografía del *Album Salón*, en folio.

Hemos recibido el primer cuaderno de esta obra, cuyo propósito expresa así en su prólogo:

«Una enciclopedia es el resumen de cuanto grande, memorable y útil han hecho los hombres de todas las edades; algo así como una crónica compendiada de la humanidad y del mundo en que vive. No cabe encarecer su importancia, ni es necesario ponderar la utilidad general de las materias que contiene. Con decir que se ha escrito y se publica una enciclopedia tan completa como permite el espacio de que se dispone quedaría redondeado el prólogo, si no creyéramos conveniente decir algo del método de trabajo adoptado para esta obra.»

Sin datos bastantes para juzgar, omitimos nuestra opinión hasta conocer el desarrollo de empresa de indudable importancia para la cultura nacional, si los hechos futuros corresponden como esperamos á las intenciones del editor, no sin manifestar desde luego que la parte tipográfica y la de ilustración honran por sus excelencias al empresario Sr. Segui.

D. B.